

HAWTHORNE

El Gran Rostro de Piedra



La Biblioteca de Babel
colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges

se

Wakefield es el mejor relato de Hawthorne y acaso uno de los mejores de la literatura. El doble es uno de los temas recurrentes de la imaginación de los hombres. Lo encontramos tratado de un modo inesperado y original en *El Gran Rostro de Piedra*. *El holocausto del mundo* corresponde admirablemente a la mística especulación de los trascendentalistas de New England, que fueron los amigos de Hawthorne; la mente humana, no el mundo tangible y visible, es la realidad esencial. *La catástrofe del señor Higginbotham* anticipa sorpresas y artificios del género policial. Hawthorne acentúa lo cómico; si el texto hubiera sido escrito ahora, su desenlace sería trágico y hubiera sido el punto de partida. *El velo negro del pastor*, última pieza de la serie, es pura y descaradamente una alegoría y, pese a serlo, es no sólo eficaz sino inolvidable. Hawthorne ha escrito los mejores y los peores cuentos del mundo; en esta selección ofrecemos al lector los primeros.

Jorge Luis Borges



Nathaniel Hawthorne

EL Gran Rostro de Piedra

La Biblioteca de Babel - 26

ePub r1.0
orhi 17.09.14

Títulos originales: *Wakefield, The Great Stone Face Earth's, Holocaust, Mr. Higginbotham's, Catastrophe, The Minister's Black Veil*
Nathaniel Hawthorne, 1835
Traducción: Federico Egíluz

Editor digital: orhi
ePub base r1.1



Prólogo

Nathaniel Hawthorne nació en 1804 en el puerto de Salem, que adolecía, ya por entonces, de dos rasgos anómalos en América; era muy viejo y estaba en decadencia. En esta vieja y decaída ciudad de honesto nombre bíblico, Hawthorne vivió hasta 1836; la quiso con el triste amor que inspiran las personas que no nos quieren, los fracasos, las enfermedades, las manías; esencialmente no es mentira decir que nunca se alejó de ella. Cincuenta años después, en Londres o en Roma, seguía en su aldea puritana de Salem; por ejemplo, cuando desaprobó que los escultores, en pleno siglo XIX, modelaran estatuas desnudas... Su padre, el capitán Nathaniel Hawthorne, murió en 1808, en las Indias orientales, en Surinam, de fiebre amarilla; uno de sus antepasados, John Hawthorne, fue juez en los procesos de hechicería de 1692, en los que diecinueve mujeres, entre ellas una esclava, Tituba, fueron condenadas a la horca. En esos curiosos procesos, ahora el fanatismo tiene otras formas, John Hawthorne obró con severidad y sin duda con sinceridad. «Tan conspicuo se hizo en el martirio de las brujas —escribió Hawthorne— que es lícito pensar que la sangre de esas desventuradas dejó una mancha en él. Una mancha tan honda que debe perdurar en sus viejos huesos, en el cementerio de Charter Street, si ahora no son polvo.» Cuando el capitán Hawthorne murió, su viuda se recluyó en su dormitorio; lo mismo hicieron sus hijos Louisa, Elizabeth y Nathaniel. Ni siquiera comían juntos, casi no se hablaban; frente a la puerta de sus respectivas habitaciones les dejaban la comida en una bandeja. Nathaniel pasaba los días escribiendo Wakefield o El velo negro del pastor; a la hora del crepúsculo de la tarde salía a caminar. Ese furtivo régimen de vida duró doce años. En 1837 le escribió a Longfellow: «Me he recluido; sin el menor propósito de hacerlo, sin la menor sospecha de que eso iba a ocurrirme. Me he convertido en un prisionero, me he encerrado en un calabozo, y ahora ya no doy con la llave, y aunque estuviera abierta la puerta, casi me daría miedo salir.» Hawthorne era alto, hermoso, flaco, moreno. Tenía un andar hamacado de hombre de mar. En aquel tiempo no había, sin duda felizmente para los niños, literatura infantil; Hawthorne había leído a los seis años el Pilgrim's Progress; el primer libro que compró con su plata fue The Faerie Queen; dos alegorías. También leyó, aunque sus biógrafos no lo digan, la Biblia; quizá la misma que el primer Hawthorne, William Hawthorne de Wilton, trajo de Inglaterra con una espada, en 1630. Edgar Allan Poe acusó a Hawthorne de ejercer la alegoría, género que juzgaba indefendible. Lo mismo pensó Croce, que acusaba a

la alegoría de ser un fatigoso pleonasma... Hawthorne se casó en 1842; su vida, hasta esa fecha, había sido puramente imaginativa. Trabajó en la aduana de Boston, fue cónsul de los Estados Unidos en Liverpool, tuvo la suerte de vivir en Florencia y en Roma, pero su realidad fue, siempre, el tenue mundo crepuscular de la imaginación puritana.

Ante el primer relato de nuestra serie, ningún lector contemporáneo prescindirá de la imagen de Kafka. Es idéntico el mecanismo de infinitas postergaciones, pero Hawthorne, sin desmedro de la angustia y de la tensión, nos advierte desde el principio el desenlace de la fábula. Wakefield es el mejor relato de Hawthorne y acaso uno de los mejores de la literatura. El doble es uno de los temas recurrentes de la imaginación de los hombres; el agua y los espejos lo prefiguran. Lo encontramos tratado de un modo inesperado y original en El Gran Rostro de Piedra, que recoge, asimismo, otro tema antiguo, el buscador que, sin saberlo nunca, es el objeto de su busca. El holocausto del mundo corresponde admirablemente a la mística especulación de los trascendentalistas de New England, que fueron los amigos de Hawthorne; la mente humana, no el mundo tangible y visible, es la realidad esencial. Poe inventaría en 1841 el hoy caudaloso género policial; cuatro años antes, Hawthorne había publicado La catástrofe del señor Higginbotham que anticipa sorpresas y artificios. Hawthorne acentúa lo cómico; si el texto hubiera sido escrito ahora, su desenlace sería trágico y hubiera sido el punto de partida. El velo negro del pastor, última pieza de la serie, es pura y descaradamente una alegoría y, pese a serlo, es no sólo eficaz sino inolvidable. Hawthorne ha escrito los mejores y los peores cuentos del mundo; en esta selección ofrecemos al lector los primeros.

Como Beda el Venerable, Nathaniel Hawthorne murió soñando. Su muerte ocurrió en la primavera de 1864, en las montañas de New Hampshire. Nada nos prohíbe imaginar la historia que soñaba y que la muerte coronó o borró. Por lo demás, toda su vida fue una serie de sueños.

Jorge Luis Borges

Wakefield

Recuerdo una historia que apareció en cierta revista o periódico viejo contada como verdadera y que trataba de un hombre —llamémosle Wakefield— que desapareció de la vida de su mujer durante un largo periodo de tiempo. El hecho expuesto de esta forma resumida no es demasiado infrecuente, así como tampoco debe ser condenado —sin un adecuado juicio sobre las circunstancias— por desvergonzado o disparatado. De cualquier modo, éste, aunque se encuentra lejos, es el más extraño de entre los de delincuencia marital de que se tiene noticia. Y más aún: se trata de la extravagancia más notable de todas las que se pueden encontrar en la lista de los despropósitos humanos.

La pareja conyugal vivía en Londres. El hombre, con el pretexto de que se marchaba de viaje, alquiló habitaciones en la calle colindante con la de su propia casa y allí, sin que su mujer o sus amigos lo supieran y sin la más mínima sombra de razón para tal autodestierro, vivió durante más de veinte años. Durante todo ese tiempo vigiló su casa día a día y a la abandonada señora Wakefield con frecuencia. Y después de tan gran laguna en su felicidad matrimonial —cuando su muerte fue estimada como cierta, su patrimonio saldado, su nombre licenciado de la memoria y su esposa llevaba ya tanto y tanto tiempo resignada a su viudez otoñal— entró por la puerta una tarde, tranquilamente, como si sólo hubiera estado ausente un día, y se convirtió en un amante esposo hasta su muerte.

Este bosquejo es todo lo que recuerdo. Pero el incidente, aun estando lleno de la más pura originalidad, careciendo de precedentes y que, con toda probabilidad, nunca pueda volver a repetirse, es un caso, pienso yo, que atrae la compasión generosa de la humanidad. Todos sabemos, cada uno por nuestra cuenta, que ninguno de nosotros cometería semejante insensatez, pero así y todo presentimos que cualquier otro podría hacerlo. Por lo menos el tema ha vuelto una y otra vez a ocupar mis íntimas meditaciones, emocionante maravilla siempre, pero con la sensación de que la historia tiene que ser cierta y acabando por comprender el carácter del héroe. Siempre que cualquier tema afecta tan poderosamente a la mente hay que dar por bueno el tiempo empleado en pensar en él. Si el lector así lo quiere, que lleve a cabo su propia meditación. Pero si prefiere ir de correría conmigo por los veinte años de la extravagancia de Wakefield, le doy la bienvenida confiando que habrá un espíritu que la impregne y una moraleja, incluso aunque fracasemos en encontrarlos, preparados con decoro y condensados en la frase final. El pensamiento tiene siempre

su eficacia y cada incidente sorprendente su moraleja.

¿Qué clase de hombre era Wakefield? Somos libres de modelar nuestra propia idea y llamarla Wakefield. Se encontraba ahora en el apogeo de la vida. Sus afectos matrimoniales, nunca violentos, se hallaban remansados en un sentimiento sereno y habitual. De todos los maridos era el que con más posibilidades contaba de ser constante, porque una cierta indolencia mantenía su corazón en reposo, dondequiera que pudiera éste estar situado. Era intelectual, pero no demasiado activo. Su mente se ocupaba en largas e indolentes meditaciones que no conducían a ningún resultado o que carecían del vigor necesario para alcanzarlo. Sus pensamientos rara vez eran tan enérgicos como para poder transformarse en palabras. La imaginación, en el sentido adecuado del término, no formaba parte de las dotes de Wakefield. Con un corazón frío, aunque ni depravado ni extraviado, y una mente nunca calenturienta a causa de pensamientos desenfrenados ni perpleja por su originalidad, ¿quién podía haber previsto que nuestro amigo se hubiera otorgado a sí mismo un lugar de honor entre los autores de excéntricas proezas? Si hubiéramos interrogado a los que le conocían sobre quién era en Londres el candidato más seguro para hacer hoy nada que fuera recordado mañana, hubieran pensado en Wakefield. Sólo la mujer de su corazón podría haber dudado. Ella, sin haber analizado su carácter, era consciente en parte de la existencia de un cierto egoísmo que había aherrumbrado su mente inactiva; de un cierto tipo de vanidad peculiar, su atributo más inquietante; de una disposición a la astucia que rara vez había producido efectos más positivos que el mantener triviales secretos que apenas si merecía la pena revelar; y, finalmente, de lo que ella llamaba pequeña reserva en el buen hombre. Esta última cualidad es indefinible; y puede que inexistente.

Imaginémonos ahora a Wakefield despidiéndose de su mujer. Es el crepúsculo de un día de octubre. Su equipaje se compone de un abrigo gris parduzco, un sombrero cubierto con un hule, botas altas, un paraguas en una mano y una maleta liviana en la otra. Ha informado a la señora Wakefield que va a tomar el coche nocturno hacia el campo. Ella preguntaría de buena gana por el alcance de su viaje, su objeto y el tiempo probable que transcurrirá hasta su regreso. Pero, indulgente ante el inofensivo amor de su esposo por el misterio, únicamente le interroga con la mirada. Él le dice que no le espere en absoluto para el coche de vuelta, no vaya a ser que se alarme si se demora tres o cuatro días; pero que, de cualquier modo, le espere a cenar el viernes por la noche. El propio Wakefield, tengámoslo en cuenta, no tiene la más mínima sospecha de lo que va a ocurrir. Él le ofrece la mano, ella le da la suya y recibe su beso de despedida en la forma rutinaria de diez años de matrimonio. Y ahí

se va el maduro señor Wakefield, casi resuelto a confundir a su buena señora con toda una semana de ausencia. Cuando la puerta se cierra tras él, advierte ella que ha quedado ligeramente entreabierta y percibe una visión del rostro de su marido, a través de la abertura, que le sonrío y que se va enseguida. De momento este pequeño incidente es despachado sin dedicarle ni siquiera un pensamiento. Pero tiempo después, cuando ella lleva más tiempo de viuda que el que llevaba de esposa, aquella sonrisa vuelve una y otra vez y revolotea por todos los recuerdos que le quedan del rostro de Wakefield. En sus muchas meditaciones envuelve la sonrisa original en una verdadera multitud de fantasías que la hacen extraña y horrible. Como, por ejemplo, si se lo imagina dentro de un ataúd, aquella mirada de despedida se queda helada en sus pálidas facciones. O si sueña que él está en el cielo, su espíritu bienaventurado lleva aún su mansa y taimada sonrisa. Sin embargo, y por este motivo, cuando todos los demás le han dado ya por muerto, ella a veces duda de que de verdad sea viuda.

Pero nuestro asunto va con el marido. Debemos apresurarnos a seguirle por la calle —no vaya a perder su personalidad— y meternos de lleno en el baturrillo de la vida de Londres. Sería vano buscarle ahí. Por lo tanto, sigámosle, pisándole los talones hasta que, tras varios giros y vueltas superfluas, lo encontremos cómodamente establecido junto a la chimenea de un pequeño apartamento previamente apalabrado. Se encuentra nuestro hombre en la calle de al lado a la suya y al final de su viaje. Apenas puede creer en su buena suerte por haber conseguido llegar hasta ahí sin ser visto, cuando recuerda que, en cierto momento, su marcha se vio entorpecida por el gentío bajo el mismísimo foco de un farol encendido. Y luego aquel sonido de pasos que parecían ir detrás de los suyos, tan distintos de las pisadas de la multitud de su alrededor. Y a continuación aquella voz que a él le parecía que le llamaba por su nombre. Sin duda alguna, una docena de chismosos le había estado vigilando y había corrido a contarle a su mujer todo el asunto. ¡Pobre Wakefield! ¡Qué poco sabes tú de tu propia insignificancia en este inmenso mundo! Ningún otro ojo humano más que el mío te ha seguido la pista. Ve tranquilamente a la cama, pobre fatuo. Y por la mañana, si quieres entrar en razón, ve a tu casa, donde la buena señora Wakefield, y cuéntale la verdad. No te apartes, ni siquiera por una ridícula semana, de tu lugar en su casto pecho. Si ella creyera, aunque fuera por un solo instante, que has muerto o que te has perdido o que te has alejado de ella para siempre, serías tristemente consciente de un cambio irreversible en tu fiel esposa. Es arriesgado resquebrajar los sentimientos humanos. ¡Cuanto más larga y ancha sea la grieta, con mayor rapidez se cerrará de nuevo!

Casi arrepentido de su travesura, o como quiera a esto llamársele, Wakefield se acuesta temprano y ya, desde su primer sueño, extiende sus brazos por el amplio y solitario vacío del extraño lecho.

¡No! —piensa él, arrebujándose con las ropas de la cama—. ¡No volveré a dormir solo ni una noche más!

Por la mañana se levanta antes de lo normal y se pone a considerar lo que de verdad pretende hacer. De tal guisa son sus indefinidas y errantes formas de pensamiento que ha dado este paso singularísimo con la conciencia de tener un motivo, sí, pero sin ser capaz de definirlo lo suficiente para su propia consideración. La vaguedad del proyecto y el esfuerzo convulsivo con que se entrega a su ejecución son igualmente característicos de un hombre dotado de una mente endeble. Wakefield, sin embargo, tamiza sus ideas tan minuciosamente como le es posible y se descubre curioso por conocer el curso de los acontecimientos en casa, cómo soportará su ejemplar esposa la viudedad de una semana y cómo se verá afectada con su desaparición la pequeña esfera de criaturas y de circunstancias en la que él era un objeto central. Una mórbida vanidad, por lo tanto, subyace muy cerca del fondo del asunto. Pero ¿cómo va a conseguir sus fines? De ninguna manera si se queda encerrado en este cómodo alojamiento donde, aunque duerma y despierte en la calle próxima a su casa, se encuentra él tan lejos como si la diligencia le hubiera estado dando vueltas por esos mundos durante toda la noche. Pero con todo, en caso de reaparecer, el proyecto entero se le viene abajo. Su pobre cerebro se siente tan desesperadamente confuso ante este dilema que, por fin, se aventura a salir, resuelto en parte a cruzar el extremo de la calle y lanzar una mirada apresurada hacia su domicilio abandonado. El hábito —porque él es un hombre de hábitos— le lleva de la mano y le guía, de forma totalmente inconsciente por su parte, hasta su propia puerta donde, justo en el momento crítico, vuelve en sí al oír el roce de su pie sobre el umbral. ¡Wakefield! ¿Adónde vas?

En ese preciso instante su hado giraba sobre sí mismo. Sin tan siquiera imaginarse el desatino al que su primer paso atrás le condena, escapa sin aliento, con una agitación hasta ahora jamás sentida, y apenas si se atreve a volver la cabeza hacia la distante esquina. ¿Pero es posible que nadie haya podido verle? ¿Cómo puede ser que la casa entera —la honesta señora Wakefield, la espabilada sirvienta y el pequeño y sucio lacayo— no hayan dado la voz de alarma por todas las calles de Londres en busca de su fugitivo dueño y señor? ¡Maravillosa fuga! Hace acopio de valor para detenerse un momento a mirar hacia la casa, pero se queda perplejo ante una cierta sensación de cambio que nota en el edificio familiar, como esas sensaciones que nos afectan a

todos cuando, tras una separación de meses o de años, volvemos a ver cierta colina o cierto lago o una obra de arte con los que estábamos familiarizados desde siempre. En los casos ordinarios la causa de esta indescriptible impresión es la comparación y el contraste entre nuestros recuerdos imperfectos y la realidad. En Wakefield la magia de una sola noche había producido una transformación similar porque, en ese breve periodo, había ocurrido un gran cambio moral. Pero éste es un secreto sólo suyo. Antes de dejar el lugar entrevé lejana y momentáneamente la figura de su esposa que pasa por el otro lado de la ventana delantera, con su cara vuelta hacia el extremo de la calle. El taimado tonto gira sobre sus talones amedrentado ante la idea de que, entre un millar de átomos mortales como él, los ojos de ella han tenido que detectarle. Alegre está su corazón, aunque su cerebro se halle algo confuso, cuando se ve ya junto a la chimenea de carbón de su habitación. Éste ha sido el comienzo de tan larga extravagancia. Tras la concepción inicial y el despertar del temperamento indolente de nuestro hombre para ponerla en práctica, todo el asunto se desarrolla con su propio ritmo natural. Podemos imaginárnoslo, como resultado de profundas reflexiones, comprando una nueva peluca, esta vez de pelo rojizo, y seleccionando diversas prendas en la tienda de un ropavejero judío, siguiendo una moda que no tiene nada que ver con su traje marrón de costumbre. Ya está hecho. Wakefield es otro hombre. Una vez establecido el nuevo sistema, un movimiento retrógrado hacia la anterior situación sería casi tan difícil como el paso que le ha colocado en esta postura única. Además, se está volviendo obstinado por una murria que de vez en cuando incide en su temperamento, causada esta vez por una sensación inadecuada que él imagina que se ha producido en el interior de la señora Wakefield. No regresará hasta que ella no esté medio muerta de miedo. Pues bien: dos o tres veces ha pasado ella ante sus ojos, cada vez con un andar más torpe y con una expresión mayor de ansiedad. Y a la tercera semana de su desaparición detecta, en la persona de un boticario, un presagio del infortunio que entra en la casa. Al día siguiente la aldaba aparece recubierta de trapos para amortiguar el ruido. Hacia el anochecer llega el cabriolé de un médico y deposita su solemne y empelucada carga a la puerta de la casa de Wakefield, desde donde, tras un cuarto de hora de visita, vuelve a salir tal vez como heraldo de un funeral.

¡Mujer querida! ¿Se va a morir? Para entonces Wakefield se encuentra agitado por algo que se podría llamar la fuerza del sentimiento, pero todavía continúa sin decidirse a acudir junto al lecho de su esposa y acalla su conciencia con la excusa de que no debe ser molestada en tan crítico momento. Si alguna otra cosa le detiene, no lo sabe. Al cabo de unas semanas ella se recupera poco a poco. La crisis ha pasado.

Su corazón está triste, quizá, pero en calma. Y regrese él antes o después, nunca más ese corazón volverá a sentirse febril por su causa. Semejantes ideas destellan en el centro del cerebro de Wakefield y le vuelven vagamente consciente de que una barrera casi infranqueable separa su apartamento alquilado de su antiguo hogar.

—¡Pero si únicamente se encuentra en la calle de al lado! —dice a veces.

¡Insensato! Está en otro mundo. Hasta hoy ha ido posponiendo su regreso de un día concreto para otro. A partir de ahora deja sin determinar el momento preciso. Mañana no, probablemente la semana que viene, muy pronto. ¡Pobre hombre! Los muertos tienen casi tantas posibilidades de volver a visitar sus moradas terrenales como el autodesterrado Wakefield.

¡Ojalá tuviera yo que escribir un libro en vez de un artículo de una docena de páginas! Entonces podría ejemplificar cómo una influencia que está fuera del alcance de nuestro control sienta su mano poderosa sobre cada acto que realizamos y entrelaza sus consecuencias en un férreo tejido de necesidad. Wakefield está hechizado. Debemos dejarle, más o menos durante diez años, que ronde su casa sin ni siquiera cruzar el umbral una sola vez y que sea fiel a su esposa, con todo el afecto de que su corazón es capaz, a medida que su recuerdo se desvanece lentamente en el corazón de ella. Hace ya tiempo, debemos señalar, que él ha perdido el sentimiento de singularidad de su conducta.

Pero veamos una escena. En medio de la muchedumbre de una de las calles de Londres distinguimos a un hombre, ya mayor por su aspecto, con pocas características como para atraer la atención de un observador descuidado, pero que lleva en toda su figura la marca escrita de un destino poco común para aquellos que tuvieran la habilidad de leerlo. Es delgado. Su abatida y estrecha frente está surcada de profundas arrugas. Sus ojos, pequeños y sin brillo, a veces miran recelosamente en derredor, pero más a menudo parecen mirar hacia dentro. Lleva la cabeza inclinada y se mueve con un paso indescriptiblemente oblicuo, como renuente a mostrar por completo su parte frontal al mundo. Miradle lo suficiente para comprobar lo que acabamos de describir y consentiréis en que las circunstancias — que a veces producen hombres notables a partir de la obra común de la naturaleza— han producido aquí uno de éstos. Mas prosigamos. Dejadle que continúe avanzando por la acera con su forma de andar sesgada y dirigid vuestra mirada hacia la dirección opuesta, en donde una grave señora, claramente en el declive de la vida, y que lleva un libro de rezos en la mano, dirige sus pasos camino de la cercana iglesia. Tiene el plácido porte de la viudez asentada. Sus pesadumbres se han extinguido o son ya tan consustanciales a su corazón que difícilmente se podrían transformar en

alegría. Justo en el momento en que el enjuto personaje y la aún atractiva mujer se van a cruzar, se presenta una ligera obstrucción que pone a estas dos figuras directamente en contacto. Sus manos se tocan.

El empuje de la gente hace que su pecho presione el hombro de él. Están parados, cara a cara, mirándose fijamente el uno al otro a los ojos. ¡Después de diez años de separación es así como Wakefield se encuentra con su mujer!

El gentío se remansa de nuevo y se los lleva a cada uno por su lado. La serena viuda, recuperando su paso, prosigue hacia la iglesia, pero se detiene a la entrada y dirige una mirada perpleja hacia la calle. Sin embargo entra, abriendo su libro de rezos mientras avanza. ¡Y el hombre! Ese Londres agitado y egoísta con su rostro feroz se le queda mirando. Y él huye a sus habitaciones, atranca la puerta y se arroja sobre la cama. Los sentimientos latentes de tantos años estallan. Su débil mente adquiere una breve energía de esa fuerza. Todo el desdichado extrañamiento de su vida se le revela de golpe. Y apasionadamente grita:

—¡Wakefield, Wakefield! ¡Estás loco!

Quizá lo estaba. La singularidad de su situación le ha hecho amoldarse tanto a sí mismo que, considerado con respecto al resto de sus semejantes y al curso de la vida, no podía decirse que estuviera en posesión de su sano juicio. Había ideado —o mejor, le había sucedido— separarse del mundo, desvanecerse, renunciar a su lugar y privilegios entre los hombres vivos, sin haber sido admitido entre los muertos. La vida de un eremita no tiene ningún paralelismo con la suya. Vivía en medio del bullicio de la ciudad, como antes. Pero el gentío pasaba a su lado sin verle. Se encontraba —podemos decirlo en sentido figurado— siempre junto a su esposa y su hogar. Y, sin embargo, sin poder sentir nunca el calor del uno ni el afecto de la otra. Era el inaudito destino de Wakefield conservar su parte original de afinidades humanas y estar aún comprometido con los intereses de los hombres, aun cuando hubiera perdido su influencia alternativa sobre ellos. Sería una especulación de lo más curiosa investigar el efecto de tales circunstancias sobre su corazón y su intelecto, separadamente y al unísono. Sin embargo, tan cambiado como estaba, le sería difícil ser consciente de ellos, pues pensaría que seguía siendo el mismo hombre de siempre. Vislumbres de la verdad sí que podrían venir, pero sólo de momento. Y aun así, seguiría diciendo:

—¡Pronto regresaré! —sin reflexionar que eso mismo se había estado repitiendo durante veinte años.

Imagino también que esos veinte años podrían parecer, en mirada retrospectiva, un espacio de tiempo poco más largo que la semana a la que al principio Wakefield

había limitado su ausencia. Podría considerar el tema como si se tratara de poco más que un intervalo en el asunto principal de su vida. Cuando, después de un ratito más, considerase que había llegado ya el momento de volver a entrar en el salón, su mujer se pondría a aplaudir de alegría en el instante de posar su mirada sobre aquel hombre ya maduro que era el señor Wakefield. ¡Pero qué error! Si el tiempo aguardara hasta la terminación de nuestras locuras favoritas, todos nosotros seríamos jóvenes, y así hasta el día del Juicio Final.

Una noche, en el vigésimo año transcurrido desde su desaparición, Wakefield está dando su paseo de costumbre hacia la morada que todavía considera como propia. Es una borrascosa noche de otoño, con chaparrones frecuentes que producen un ruido acompasado sobre la calle y que cesan antes de darle a uno tiempo de abrir su paraguas. Deteniéndose cerca de su casa Wakefield percibe, a través de las ventanas del salón del segundo piso, el color rojizo, el resplandor y el destello caprichoso de un confortable fuego. En el techo aparece la sombra grotesca de la buena señora Wakefield. La cofia, la nariz, la barbilla y la amplia cintura forman una admirable caricatura que danza también con el parpadeo de la llama, casi demasiado alegremente para ser la sombra de una viuda ya mayor. En ese instante cae casualmente un chaparrón que da de lleno, por culpa del viento desatento, en el rostro y pecho de Wakefield. Ese frío otoñal le ha penetrado hasta los huesos. ¿Deberá quedarse ahí, mojado y tiritando, cuando su propio hogar tiene un buen fuego para calentarle y su propia esposa correrá a buscar la chaqueta gris y las otras prendas que sin duda ha tenido guardadas cuidadosamente en el armario de su dormitorio? ¡No! Wakefield no es tan tonto. Sube los escalones, ¡tan pesadamente!, porque veinte años le han entorpecido las piernas desde que los bajara la última vez. Pero él no lo reconoce. ¡Detente, Wakefield! ¿Vas a ir al único hogar que te queda? ¡Métete entonces en tu tumba! La puerta se abre. Mientras entra tenemos una última imagen de su rostro y reconocemos la taimada sonrisa, aquella que había sido precursora de la pequeña broma que ha estado desde entonces gastando a expensas de su esposa. ¡Con qué crueldad se ha burlado de la pobre mujer! En fin. ¡Que descanses muy bien esta noche, Wakefield!

Este feliz acontecimiento —suponiendo que fuera tal— únicamente podía haber ocurrido en un momento impremeditado. No vamos a seguir a nuestro amigo a través del umbral. Ya nos ha dejado bastante sustento para el pensamiento. Una porción de él prestará su sabiduría para una moraleja y tomará la forma de tropo. En medio de la aparente confusión de nuestro misterioso mundo, los individuos están tan perfectamente ajustados a un sistema y los sistemas unos a otros y todos a un

todo que, un hombre, al salirse del sistema por un momento, se expone al riesgo espantoso de perder su lugar para siempre. Al igual que Wakefield, se puede convertir en el Proscrito del Universo.

EL Gran Rostro de Piedra

Una tarde, a la caída del sol, una madre y su hijo pequeño se hallaban sentados a la puerta de su cabaña, hablando del Gran Rostro de Piedra. No tenían más que levantar la vista y allá se le podía ver perfectamente, aunque a algunas millas de distancia, con el sol iluminando todas sus facciones.

¿Y qué era el Gran Rostro de Piedra?

Protegido por una familia de elevadas montañas se encontraba un valle tan espacioso que acogía a miles y miles de habitantes. Algunas de estas buenas gentes vivían en cabañas de troncos en medio del sombrío bosque, en las faldas empinadas y difíciles de las colinas. Otros tenían sus hogares en cómodas granjas y cultivaban la rica tierra de las suaves ondulaciones o de las superficies llanas del valle. Y otros, por fin, se congregaban en populosas aldeas donde algún riachuelo salvaje de la serranía, precipitándose desde su nacimiento en la región alta de la montaña, había sido atrapado y domesticado por la habilidad del hombre y obligado a mover la maquinaria de las fábricas de algodón. Los habitantes de este valle, en pocas palabras, eran numerosos y contaban con abundantes formas de vida. Pero todos, adultos y niños, tenían una cierta familiaridad con el Gran Rostro de Piedra, aunque algunos poseían el don de distinguir este gran fenómeno natural de forma más perfecta que muchos de sus vecinos.

El Gran Rostro de Piedra, pues, era una obra de la naturaleza en su talante de majestuosa travesura, formada en la vertiente perpendicular de una montaña por unas inmensas rocas que habían caído juntas en una posición tal que, al ser contempladas a la distancia adecuada, se asemejaban precisamente al semblante humano. Parecía como si un enorme gigante o un Titán hubiera esculpido su propio retrato en el precipicio. Allí estaba el amplio arco de la frente, de cien pies de altura; la nariz, con su amplio puente; y los vastos labios que, si hubieran podido hablar, habrían retumbado con sus acentos de trueno de un extremo al otro del valle. La verdad era que, si el espectador se aproximaba demasiado, perdía el diseño del gigantesco rostro y únicamente podía percibir un cúmulo de pesadas y gigantescas rocas amontonadas en caótica ruina una sobre otra. Al retroceder sobre sus pasos, sin embargo, volverían a verse las asombrosas facciones una vez más. Y cuanto más se alejaba uno de ellas más se asemejaban a una cara humana, con toda su divinidad original intacta, hasta que, a medida que su visión se iba debilitando con la distancia, con las nubes y el glorificado vapor de las montañas a su alrededor, el Gran Rostro

de Piedra parecía absolutamente vivo.

Era una inmensa suerte para los niños el hecho de crecer hasta convertirse en hombres o mujeres teniendo el Gran Rostro de Piedra ante sus ojos. Porque todos sus rasgos eran nobles y la expresión era a la vez augusta y dulce, como si fuera el reflejo de un corazón grande y cálido que acogía a toda la humanidad con su afecto y que aún tenía sitio para más. Tan solo mirarlo era ya en sí toda una educación. Según la creencia de muchas personas el valle debía mucha de su fertilidad a ese benigno aspecto que continuamente irradiaba sobre él, iluminando las nubes y comunicando su ternura a los rayos del sol. Como habíamos empezado antes a decir, una madre y su hijo pequeño estaban sentados a la puerta de su cabaña mirando al Gran Rostro de Piedra y hablando de él. El niño se llamaba Ernesto.

—Madre —dijo, mientras el titánico rostro le sonreía—. Me gustaría que pudiera hablar, porque tiene un aspecto tan amable que su voz por fuerza tiene que ser agradable. Si alguna vez viera a un hombre con una cara como ésta, le querría muchísimo.

—Si se cumpliera una vieja profecía —comentó su madre—, podríamos ver a un hombre, antes o después, con una cara exactamente igual que ésta.

—¿A qué profecía te refieres, querida madre? —preguntó Ernesto con avidez—. ¡Cuéntamelo todo, por favor!

Y entonces su madre le contó una historia que su propia madre le había contado cuando ella misma era más joven aún que el pequeño Ernesto. Una historia, no de cosas pasadas, sino de lo que todavía tenía que venir. Una historia, no obstante, tan vieja que incluso los indios, que antes habían vivido en este valle, la habían oído de sus antepasados, a los que, según ellos mismos afirmaban, se la habían murmurado los arroyos de la montaña y susurrado el viento entre las copas de los árboles. El asunto era que, algún día en el futuro, nacería en aquella región un niño que estaría destinado a convertirse en el personaje más grande y noble de su tiempo, y cuyas facciones, al convertirse en hombre, tendrían un parecido exacto con el Gran Rostro de Piedra. No pocas personas de la vieja usanza, y lo mismo los jóvenes en el ardor de sus esperanzas, alimentaban aún una constante fe en esta vieja profecía. Pero otros, que tenían ya más experiencia de este mundo, que habían vigilado y esperado hasta cansarse, y que no habían visto a ningún hombre con una cara semejante ni a ningún otro ser humano más grande o más noble que sus vecinos, llegaron a la conclusión de que todo eso no era más que una patraña. En todo caso, el gran hombre de la profecía no había aparecido aún.

—¡Oh, madre, madre querida! —exclamó Ernesto palmoteando sobre su cabeza—.

¡Espero vivir para verlo!

Su madre era una mujer cariñosa y sensata, y pensó que lo mejor era no desalentar las generosas esperanzas de su pequeño. Así que sólo le dijo: —Quizá puedas.

Y Ernesto nunca olvidó la historia que su madre le contó. Siempre la tuvo en su cabeza al mirar hacia el Gran Rostro de Piedra. Transcurrió su niñez en la cabaña de troncos donde había nacido y fue obediente a su madre y útil para ella en muchas cosas, ayudándola mucho con sus pequeñas manos y más con su amoroso corazón. De esta forma pasó, de ser un niño feliz, si bien muchas veces pensativo, a ser un muchacho apacible, tranquilo, discreto, tostado por el sol en las labores del campo, pero con más inteligencia avivando su fisonomía que la que se puede apreciar en no pocos muchachos que han recibido educación en famosas escuelas. A pesar de todo, Ernesto no había tenido maestros, a no ser que consideremos que el Gran Rostro de Piedra había sido un maestro para él. Al terminar las labores de cada día, el muchacho se le quedaba mirando las horas muertas, hasta que un día empezó a imaginar que aquellas grandes facciones le reconocían y le enviaban una sonrisa de afecto y de estímulo como respuesta a su propia mirada de veneración. No debemos, sin embargo, asumir la responsabilidad de afirmar que se trataba de un error, aunque pudiera ser que el rostro no hubiera mirado a Ernesto con mayor amabilidad que al resto del mundo. Pero el secreto radicaba en que la sencillez tierna y confiada del muchacho percibía lo que otras personas no podían ver. Y así, el amor, que era para todos, se convirtió en su dote particular.

Por estos días recorrió el valle un rumor que aseguraba que el gran hombre anunciado desde tiempos remotos y que se parecería al Gran Rostro de Piedra había aparecido por fin. Parece ser que, muchos años antes, un joven había emigrado del valle y se había ido a vivir a una distante ciudad portuaria donde, tras reunir algo de dinero, se había establecido como tendero. Su nombre —si bien nunca pude saber si era auténtico o se trataba de un apodo que había tenido su origen en sus costumbres y en su éxito en la vida— era Gathergold^[1]. Y como era astuto y activo y estaba dotado por la Providencia de esa inescrutable facultad que se revela en lo que el mundo llama suerte, llegó a convertirse en un comerciante inmensamente rico y en dueño de toda una flota de barcos de gran tonelaje. Todos los países del globo parecían aunar sus esfuerzos con el único propósito de incrementar una y otra vez el inmenso patrimonio de esta fortuna personal.

Las frías regiones del norte, casi sumidas en la melancolía y las sombras del círculo polar ártico, le enviaban sus tributos en forma de pieles. La radiante África cribaba para él las auríferas arenas de sus ríos y recogía de sus bosques los colmillos de

marfil de los grandes elefantes. El oriente llegaba trayéndole los ricos mantos, las especias y los tés, la refulgencia de sus diamantes y la resplandeciente pureza de las grandes perlas. El océano, para no quedarse atrás respecto a la tierra, le rendía sus poderosas ballenas a fin de que el Sr. Gathergold pudiera vender su aceite y obtener beneficios con ello. Fuera la que fuera la mercancía inicial, era oro al alcanzar su mano. Se podía decir de él, como de Midas en la fábula, que cualquier cosa que tocaba con sus dedos brillaba inmediatamente, se volvía amarilla y se transformaba al momento en metal de ley o, y esto cuadraba aún mejor con él, en montones de dinero. Y cuando el señor Gathergold llegó a ser tan rico que le hubiera costado un centenar de años sólo contar su riqueza, se acordó de su valle natal y decidió volver allí a terminar sus días en el lugar donde había nacido. Con este propósito en mente envió a un experto arquitecto a construirle un palacio tal que fuera digno de que en él viviera un hombre de tan vastas riquezas como él.

Como ya he dicho anteriormente, se había rumoreado ya en el valle que el Sr. Gathergold había resultado ser el profético personaje durante tanto tiempo y tan en vano esperado, y que su semblante era la perfecta e innegable imagen del Gran Rostro de Piedra. La gente estaba de lo más dispuesta a creer que éste era necesariamente el caso cuando pudieron ver el espléndido edificio que se levantó como por encanto en el lugar donde había estado la vieja granja, maltratada por el tiempo, de su padre. El exterior era de mármol, tan deslumbrantemente blanco que parecía que toda la estructura se pudiera derretir con los rayos del sol, como aquellas otras, más humildes, que el señor Gathergold había solido construir con nieve en los días de sus juegos infantiles, antes de que sus dedos hubieran recibido el don del toque de la transmutación. Tenía un porche ricamente ornamentado, sostenido por altos pilares, bajo el que se hallaba una altiva puerta tachonada de clavos de plata y construida con cierta clase de madera jaspeada que había sido traída de allende los mares. Las ventanas, desde el suelo hasta el techo de cada augusto aposento, constaban cada una de un único y enorme cristal, tan transparentemente puro que se decía que era un medio mejor que el vacío en la atmósfera. A casi nadie se le había permitido ver el interior de este palacio. Pero se informó, y con muchos visos de verdad, que era muchísimo más suntuoso que el exterior, hasta el punto de que lo que era hierro o bronce en otras casas, era plata u oro en ésta. Y el dormitorio del Sr. Gathergold en especial tenía un aspecto tan deslumbrante que ningún hombre normal hubiera sido capaz de cerrar sus ojos allí. Pero por otro lado, el Sr. Gathergold estaba ya tan habituado a la riqueza que quizá no hubiera podido cerrar los ojos más que allí donde aquel brillo acertase a entrar bajo sus párpados.

A su debido tiempo la mansión quedó terminada. Luego llegaron los tapiceros con un mobiliario magnífico. Después una completa tropa de sirvientes blancos y negros, heraldos del Sr. Gathergold que, en propia y mayestática persona, era esperado al anochecer. Nuestro amigo Ernesto, mientras tanto, se encontraba en un profundo estado de agitación por la idea de que el gran hombre, el noble hombre, el hombre de la profecía, tras toda una eternidad de retraso, se iba a manifestar por fin a su valle natal.

Él sabía, muchacho como era, que había mil maneras de que el Sr. Gathergold, con toda su inmensa riqueza, pudiera transformarse en un ángel bienhechor y asumir un control sobre los asuntos humanos tan amplio y benéfico como la sonrisa del Gran Rostro de Piedra.

Lleno de fe y de esperanza, Ernesto no dudaba de que lo que la gente decía era verdad y que ahora iba él a contemplar la semejanza viviente de aquellas asombrosas facciones de la ladera de la montaña. Mientras el muchacho contemplaba todavía el valle y se figuraba, al igual que siempre, que el Gran Rostro de Piedra volvía la cabeza y le miraba bondadosamente, se oyó el retumbar de unas ruedas que se aproximaban veloces por la sinuosa carretera.

—¡Aquí llega! —gritó un grupo de gente que se había congregado para presenciar la llegada—. ¡Aquí llega el gran señor Gathergold!

Un carruaje, tirado por cuatro caballos, se presentó impetuosamente en el recodo del camino. Dentro de él, y en parte asomada a la ventanilla, aparecía la fisonomía del anciano, con una piel tan amarilla como si la propia mano de Midas la hubiera transmutado. Tenía la frente ceñuda, ojos pequeños y penetrantes, fruncidos con innumerables arrugas, y unos labios muy delgados que él aún hacía más delgados al apretarlos con fuerza.

—¡La verdadera imagen del Gran Rostro de Piedra! —gritaba la gente—. Con toda seguridad la profecía es cierta. ¡Ya tenemos entre nosotros al gran hombre, por fin!

Y —lo que dejó sobremanera perplejo a Ernesto— parecían creer que existía la semejanza de la que hablaban. Acaeció que junto al camino había una vieja mendiga con dos niños también mendigos, vagabundos de alguna región lejana, que, al pasar el carruaje, extendieron sus manos y elevaron sus tristes voces implorando caridad de la forma más lastimera. Una garra amarilla —la misma que había atrapado tanta riqueza— asomó por la ventanilla del coche y dejó caer unas monedas de cobre al suelo. De forma que, si bien el nombre del gran señor había sido al parecer Gathergold, perfectamente se le podía haber puesto de apodo Scattercopper^[2]. Y aún, sin embargo, con un inmenso vocerío, y evidentemente con tanta buena fe como

siempre, la gente gritaba:

—¡Es la mismísima imagen del Gran Rostro de Piedra!

Pero Ernesto se apartó tristemente de la arrugada astucia de aquella sórdida cara y elevó la vista hacia el valle, donde, en medio de la bruma que se iba formando, doradas por los últimos rayos del sol, pudo todavía distinguir aquellas gloriosas facciones que se habían impresionado en su alma. Su aspecto le alegró. ¿Qué parecían decir aquellos benignos labios?

—¡Él vendrá! ¡No temas, Ernesto; el hombre vendrá!

Pasaron los años y Ernesto dejó de ser un muchacho. Se había convertido ya en un hombre. Llamaba poco la atención de los demás habitantes del valle, pues no veían éstos nada extraordinario en su forma de vida, salvo que, cuando las labores del día ya habían terminado, todavía le gustaba retirarse aparte, mirar y meditar sobre el Gran Rostro de Piedra. Según la idea que ellos tenían del asunto, esto era ciertamente una tontería, pero perdonable, puesto que Ernesto era diligente, amable y buen vecino, y nunca abandonaba ningún deber por satisfacer este ocioso hábito. No sabían ellos que el Gran Rostro de Piedra había llegado a ser un maestro para él y que el sentimiento que en él se expresaba ensanchaba el corazón del joven y lo llenaba de unas afinidades más amplias y más profundas que a otros corazones. No sabían que de allí podía venir una sabiduría mejor que la que se podía aprender en los libros y una vida mejor que la que se podía moldear siguiendo el deteriorado ejemplo de otras vidas humanas. Y Ernesto tampoco sabía que los pensamientos y afectos que le venían tan naturalmente, en los campos y junto a la chimenea del hogar, y dondequiera que se comunicase consigo mismo, eran de un tono más elevado que los que el resto de los hombres compartían con él. Un alma sencilla, sencilla como cuando su madre le contó por primera vez la vieja profecía, contemplaba las maravillosas facciones que lanzaban destellos hacia el valle y todavía se admiraba de que su copia humana tardase tanto en hacer su aparición.

Para este tiempo el pobre Sr. Gathergold estaba ya muerto y enterrado. Y lo más curioso del caso era que su riqueza, que era el cuerpo y alma de su existencia, había desaparecido antes de su muerte, no dejando de él más que un esqueleto viviente, cubierto de una piel arrugada y amarilla. Desde que se desvaneció su oro la gente había acabado por reconocer en general que, después de todo, no había un parecido tan impresionante entre las innobles facciones del arruinado comerciante y el majestuoso rostro de la ladera de la montaña. De manera que la gente dejó de honrarle mientras vivió y poco a poco lo relegó al olvido tras su fallecimiento. De tarde en tarde, es cierto, surgía su recuerdo en conexión con el magnífico palacio que

había construido y que había sido convertido en hotel hacía tiempo para alojamiento de los forasteros que venían en multitudes cada verano a visitar aquella famosa curiosidad natural. De esta manera, con el Sr. Gathergold desacreditado y arrojado a las sombras, el hombre de la profecía estaba aún por venir.

Sucedió que un nativo del valle, muchos años antes, se había alistado como soldado y, tras una larga carrera de duras luchas, había llegado a ser un ilustre general. Fuera como fuera llamado en la historia, era conocido en los campamentos y en los campos de batalla con el sobrenombre de Old Blood-and-Thunder^[3]. Este veterano, curtido en mil batallas, encontrándose ahora enfermo por la edad y las heridas, y cansado del ajetreo de la vida militar y del batir de los tambores y el estruendo de las trompetas que tanto habían sonado en sus oídos, últimamente había dado a conocer su propósito de volver a su valle natal, con la esperanza de encontrar el reposo donde él recordaba que lo había dejado. Los habitantes, sus viejos vecinos y sus hijos ya crecidos, estaban decididos a dar la bienvenida al famoso militar con una salva de cañón y una comida pública. Y con el mayor de los entusiasmos se afirmó que ya, por fin, el retrato del Gran Rostro de Piedra había aparecido efectivamente. Se dijo que un ayudante de campo de Old Blood-and-Thunder que viajaba por el valle había quedado impresionado con el parecido. Por otra parte, los compañeros de escuela y antiguos conocidos del general estaban dispuestos a testificar bajo juramento que, hasta donde llegaban sus recuerdos, el mencionado general había sido extraordinariamente igual que la majestuosa imagen, incluso cuando era un muchacho, sólo que la idea no se les había ocurrido en aquel tiempo. Grande, por tanto, era la conmoción de todo el valle. Mucha gente, a la que nunca se le había ocurrido la idea de mirar al Gran Rostro de Piedra durante años y años, pasaba ahora el tiempo mirándolo para conocer exactamente el aspecto que tendría ahora el general Blood-and-Thunder.

El día de la gran fiesta, Ernesto, con todas las demás personas del valle, dejó su trabajo y se dirigió al lugar donde se había preparado el banquete campestre. Al acercarse pudo oír la potente voz del reverendo Battleblast^[4] que suplicaba una bendición sobre las buenas viandas colocadas ante ellos y sobre el distinguido amigo de la paz en cuyo honor se habían reunido. Las mesas estaban colocadas en un claro del bosque rodeado de árboles por todos los lados menos por uno que lo abría hacia el este, permitiendo una vista distante del Gran Rostro de Piedra. Sobre la silla del general, que era una reliquia procedente de la casa de Washington, se alzaba un arco de ramas verdes, con el laurel profusamente entremezclado y coronado por la bandera de su país, bajo la cual había conseguido sus victorias. Nuestro amigo

Ernesto se puso de puntillas con la esperanza de conseguir echar un vistazo al celebrado huésped. Pero había una impresionante multitud alrededor de las mesas, ansiosa por oír los brindis y los discursos, y por captar cualquier palabra que pudiera salir como respuesta de la boca del general. Una compañía de voluntarios, que realizaba un servicio de guardia, punzaba despiadadamente con sus bayonetas a cualquier persona que estuviera especialmente tranquila entre el gentío. Así que a Ernesto, al ser de un carácter discreto, le fueron empujando casi hasta el fondo, desde donde no pudo ver más de la fisonomía de Old Blood-and-Thunder que si éste hubiera estado aún bajo el fuego de la batalla. Para consolarse, se volvió hacia el Gran Rostro de Piedra, y éste, como un amigo fiel y largamente recordado, le devolvió la mirada y le sonrió a través de la perspectiva del bosque. Entretanto, sin embargo, pudo llegar a oír los comentarios de varios individuos que comparaban las facciones del héroe con la cara de la distante ladera de la montaña.

—¡Es exactamente la misma cara! —gritó un hombre haciendo una cabriola de alegría.

—¡Maravillosamente igual, es cierto! —respondió otro.

—¡Igual! ¡Yo diría que es el mismo Old Blood-and-Thunder reflejado en un monstruoso espejo! —gritó un tercero—. ¿Y por qué no? Él es el hombre más grande de esta época o de cualquier otra, sin ninguna duda.

A continuación los tres que habían hablado dieron un enorme grito que transmitió electricidad a la multitud y produjo el estruendo de un millar de voces que se fue retumbando millas y millas por entre las montañas hasta el punto de poderse suponer que el Gran Rostro de Piedra había derramado su aliento de trueno sobre el grito. Todos estos comentarios y este inmenso entusiasmo sirvieron para aumentar aún más el interés de nuestro amigo. Pero tampoco se le ocurrió dudar de que entonces, por fin, la cara de la montaña había encontrado su imagen humana. Ciertamente es que Ernesto se había imaginado que este personaje tanto tiempo esperado se presentaría bajo la personalidad de un hombre de paz, revelando sabiduría, practicando el bien y haciendo feliz a la gente. Pero, haciendo uso de su habitual amplitud de miras y con toda su sencillez consideró que la Providencia debía de escoger su propio método para bendecir a la humanidad y pudo concebir que esta gran misión era posible que la llevaran a cabo un guerrero y una sanguinaria espada, si es que la inescrutable sabiduría creía apropiado ordenar las cosas de esa manera.

—¡El general, el general! —era ahora el grito—. ¡Silencio, silencio! Old Blood-and-Thunder va a pronunciar un discurso.

Efectivamente. Una vez levantados los manteles y tras haber bebido a la salud del

general, entre grandes aplausos, se puso él en pie para dar las gracias a la concurrencia. Ernesto le vio. Allí estaba, sobre los hombros de la muchedumbre, sobresaliendo por encima de las dos relucientes charreteras y del cuello bordado, bajo el arco de verdes ramas con laurel entremezclado, y la bandera colgando hacia abajo como para dar sombra a su frente. Allí, también, dentro del mismo campo visual, a través de la perspectiva abierta del bosque ¡aparecía el Gran Rostro de Piedra! ¿Existía, de verdad, tanto parecido como la gente había atestiguado? ¡Cielo santo! ¡Ernesto no podía reconocerlo! Él veía un rostro aguerrido y curtido, lleno de energía, y expresión de una voluntad de hierro. Pero la noble sabiduría, la profunda, amplia y tierna simpatía, todas faltaban en el rostro de Old Blood-and-Thunder. E incluso aunque el Gran Rostro de Piedra hubiera asumido ese aspecto de severa dominación, los rasgos más suaves todavía lo habrían ablandado.

—Éste no es el hombre de la profecía —suspiró Ernesto para sus adentros mientras se alejaba de la multitud—. ¿Y todavía va a tener el mundo que esperar más?

Las brumas se habían congregado sobre la distante ladera de la montaña y allí se veían las grandes y terribles facciones del Gran Rostro de Piedra, terribles pero benignas, como si un ángel poderoso estuviera sentado entre las colinas y se hubiera vestido con un ropaje de nubes doradas y púrpura. Al mirar, Ernesto no pudo por menos de creer que una sonrisa irradiaba por todo el rostro, con una brillantez todavía resplandeciente, aunque sin el movimiento de los labios. Probablemente era el efecto del sol del oeste disipándose sobre los vapores sutilmente difusos que se habían extendido entre él y el objeto que contemplaba. Pero —como siempre sucedía— el aspecto de su maravilloso amigo hizo que Ernesto volviera a sentirse tan esperanzado como si nunca hubiera esperado en vano.

—No temas, Ernesto —dijo su corazón, precisamente como si el Gran Rostro de Piedra estuviera susurrárselo—. No temas, Ernesto. Él vendrá.

Y pasaron más años, veloces y sosegados. Ernesto vivía aún en su valle natal y era ya un hombre de mediana edad. Por grados imperceptibles, había llegado a ser conocido entre la gente. Ahora, como antaño, trabajaba para ganarse el pan y era el mismo hombre de corazón sencillo que siempre había sido. Pero había pensado y sentido tanto, había entregado tantas de las mejores horas de su vida e inocentes esperanzas en algún gran bien para la humanidad, que parecía como si hubiera estado hablando con los ángeles y hubiera absorbido una porción de su sabiduría de forma inconsciente. Esto era visible en el sosegado y bien considerado altruismo de su vida diaria, cuya plácida corriente había ido formando un amplio y verde margen por todo su cauce. No pasó un solo día sin que el mundo fuera un poco mejor porque

este hombre, humilde como era, había vivido. Nunca se desvió de su propio camino y siempre consiguió una bendición para su prójimo. Casi involuntariamente también, se había convertido en predicador. La sencillez pura y elevada de su pensamiento que, como una de sus manifestaciones, tomaba forma en las buenas obras que silenciosamente se desprendían de sus manos, fluía también cuando hablaba. Decía verdades que forjaban y moldeaban las vidas de los que le oían. Puede que sus oyentes nunca sospecharan que Ernesto, su propio vecino y amigo íntimo, era más que un hombre corriente. Y el que menos lo sospechaba era el propio Ernesto. Pero, inevitablemente, como el murmullo de un riachuelo, salían pensamientos de su boca que nunca otros labios humanos habían pronunciado.

Cuando las cabezas de la gente habían tenido ya cierto tiempo para enfriarse, se sintieron dispuestas a reconocer su error al haber imaginado una similitud entre la truculenta fisonomía del general Blood-and-Thunder y el benigno rostro de la ladera de la montaña. Pero ahora, otra vez, había noticias y muchos sueltos en los periódicos que afirmaban que la imagen del Gran Rostro de Piedra había aparecido sobre los anchos hombros de cierto estadista eminente. Él, como el Sr. Gathergold y el general Blood-and-Thunder, era natural del valle, pero lo había abandonado muy joven y se había dedicado a las leyes y a la política. En lugar de la riqueza del opulento y de la espada del soldado, él contaba únicamente con la lengua, y ésta era más poderosa que las dos anteriores juntas. Tan maravillosamente elocuente era que, cualquier cosa que se le ocurriera decir, sus oyentes no tenían más remedio que creerle. Lo erróneo parecía verdadero y lo verdadero erróneo: pues, cuando le apetecía, podía formar una especie de niebla iluminada con su solo aliento y oscurecer con ella la luz natural del día. Su lengua, ciertamente, era un instrumento mágico. A veces retumbaba como el trueno. Otras veces sonaba como la más dulce de las músicas. Era el fragor de la batalla, el canto de la paz. Y parecía tener sentimiento, cuando no lo había. Verdaderamente era un hombre asombroso. Y cuando su lengua hubo conseguido para él toda clase de éxitos imaginables — cuando la oyeron en los salones de gobierno, en las cortes de príncipes y potentados — después de haber logrado que le conocieran en todo el mundo, incluso como la voz que grita de costa a costa, finalmente persuadió a sus compatriotas para que lo eligieran candidato a la presidencia. Pero antes, concretamente cuando ya empezaba a ser célebre, sus admiradores habían descubierto el parecido entre él y el Gran Rostro de Piedra. Y tan impresionados quedaron con ello que por todo el país este distinguido caballero fue conocido con el nombre de Old Stony Phiz^[5]. Se consideró que esta denominación daba un aspecto muy favorable a sus expectativas políticas;

pues, al igual que sucede con el papado, nadie puede llegar a ser presidente sin adoptar un nombre distinto al suyo.

Mientras sus amigos se dedicaban en cuerpo y alma a convertirle en presidente, Old Stony Phiz, como se le llamaba, partió para realizar una visita al valle donde había nacido. Por supuesto, no tenía otro objeto que el de estrechar las manos de sus conciudadanos, y nadie pensaba —ni le preocupaba— en los efectos que su viaje por la región pudieran tener sobre la elección. Se realizaron magníficos preparativos para recibir al ilustre estadista. Una comitiva de jinetes salió a recibirle al límite fronterizo del estado y todo el mundo abandonó sus asuntos para congregarse a lo largo del camino y poder verle pasar. Entre ellos se encontraba Ernesto. Aunque ya había quedado más de una vez desilusionado, como ya hemos visto, era de un natural tan esperanzado y confiado que estaba siempre dispuesto a creer en cualquier cosa que pareciera bella y buena. Mantenía su corazón continuamente abierto y de esta forma estaba seguro de recoger la bendición del cielo cuando viniera. Y así, una vez más, tan animado como siempre, se dirigió a contemplar la similitud del personaje con el Gran Rostro de Piedra.

La cabalgata venía haciendo cabriolas por el camino, con gran estruendo de cascos y una enorme nube de polvo que se elevaba tan densa y a tanta altura que el rostro de la ladera de la montaña quedaba totalmente oculto a los ojos de Ernesto. Todos los grandes hombres de la vecindad estaban allí a caballo: oficiales de la milicia, de uniforme; el miembro del Congreso; el sheriff del condado; los directores de los periódicos; y muchos granjeros, también, habían montado sobre su paciente corcel, con sus chaquetones de los domingos a la espalda. Era realmente un espectáculo muy brillante, en particular porque había muchas banderas ondeando sobre la cabalgata, en algunas de las cuales aparecían vistosos retratos del ilustre hombre de Estado y del Gran Rostro de Piedra, sonriéndose familiarmente el uno al otro, como dos hermanos. Si había que confiar en los retratos, el parecido mutuo hay que confesar que era maravilloso. No debemos olvidarnos de mencionar la presencia de una banda de música que hacía que los ecos en las montañas resonaran y retumbaran con el clamoroso triunfo de sus acordes. Y así, las alegres y conmovedoras melodías se abrían paso por entre todas las cumbres y barrancos, como si cada rincón de su valle natal hubiera adquirido una voz para dar la bienvenida al distinguido huésped. Pero el efecto más grandioso fue cuando el lejano precipicio de la montaña devolvió la música. Porque entonces el propio Gran Rostro de Piedra parecía aumentar el volumen del triunfal coro, en reconocimiento de que, por fin, había llegado el hombre de la profecía.

Todo este tiempo la gente había estado lanzando al aire sus sombreros y gritando con un entusiasmo tan contagioso que el corazón de Ernesto se inflamó y, al igual que los demás, lanzó su sombrero al aire y gritó tan fuerte como el que más: «¡Hurra! ¡Viva Old Stony Phiz!» Pero hasta entonces no le había visto.

—¡Ya está aquí! —gritaron los que se encontraban cerca de Ernesto—. ¡Ahí, ahí! ¡Mirad a Old Stony Phiz y al anciano de la montaña y ved si no son tan parecidos como dos hermanos gemelos!

En medio de toda esta ostentosa pompa llegaba un cabriolé abierto, tirado por cuatro caballos blancos. Y en el cabriolé, con su pesada cabeza descubierta, se sentaba el ilustre estadista, Old Stony Phiz en persona.

—¡Confíesalo! —le dijo a Ernesto uno de sus vecinos—. ¡El Gran Rostro de Piedra ha encontrado por fin su pareja!

Ahora, es preciso reconocerlo, en su primer vistazo al rostro que saludaba y sonreía desde el cabriolé, Ernesto sí que se imaginó que existía un parecido entre él y la vieja cara familiar de la ladera de la montaña. La frente, con su gran profundidad y altanería, y todos los demás rasgos, ciertamente, estaban audaz y reciamente labrados, como en emulación de un modelo más que heroico, de un modelo titánico. Pero la sublimidad y la nobleza, la gran expresión de una simpatía divina que iluminaba el rostro de la montaña y hacía etérea la pesada sustancia granítica, espiritualizándola, podía aquí buscarse en vano. Algo le faltaba desde el principio o había desaparecido. Y, por tanto, el estadista tan maravillosamente dotado tenía siempre un aspecto triste y cansado en las profundas cavernas de sus ojos, como si se tratara de un niño que se ha hecho ya mayor para sus juguetes o de un hombre de poderosas facultades y pocas aspiraciones, cuya vida, con todas sus grandes acciones, fuera vaga y vacía porque ningún gran objetivo la había dotado de realidad. Y aún, el vecino de Ernesto le seguía dando codazos en el costado, instándole a una respuesta.

—¡Confiesa, confiesa! ¿No es el verdadero retrato de tu viejo de la montaña?

—¡No! —dijo Ernesto bruscamente—. Veo poco o ningún parecido.

—Entonces ¡tanto peor para el Gran Rostro de Piedra! —contestó su vecino. Y de nuevo se puso a aclamar a Old Stony Phiz. Pero Ernesto se dio media vuelta, melancólico y casi desesperado. Pues ésta era la más triste de sus desilusiones: contemplar a un hombre que podía haber cumplido la profecía y que no había querido hacerlo. Mientras tanto, la cabalgata, las banderas, la música y los cabriolés pasaron a su lado, con la multitud vociferante detrás, dejando que el polvo se asentase y que el Gran Rostro de Piedra se revelase de nuevo con la grandeza que le

había caracterizado durante siglos y siglos.

—¡Mira, Ernesto, aquí estoy! —parecían decir los benignos labios. Yo he esperado más que tú. Y todavía no estoy cansado. No temas. El hombre llegará.

Los años siguieron pasando veloces pisándose en su prisa los talones el uno al otro. Y ahora empezaban a traer cabellos blancos y los desparramaban por la cabeza de Ernesto. Formaron venerables arrugas en su frente y surcos en sus mejillas. Era ya un hombre mayor, pero no había envejecido en vano: más que los cabellos blancos en la cabeza contaban los pensamientos sabios en su mente. Sus arrugas y surcos eran inscripciones que el Tiempo había grabado y en los que había escrito leyendas de sabiduría que habían sido probadas por el surco de una vida. Y Ernesto había dejado de ser un desconocido. Sin buscarla, sin desearla, había llegado la fama que tantos buscan y le había dado a conocer en el gran mundo, más allá de los límites del valle en el que había vivido tan apaciblemente. Profesores de universidad, e incluso los activos hombres de las ciudades, vinieron de lejos a ver a Ernesto y a conversar con él. Pues había trascendido las fronteras la noticia de que este sencillito labrador tenía ideas nada comunes a las de los demás hombres, no adquiridas en los libros, sino de un tono superior. Poseía una majestad tranquila y familiar, como si hubiera estado hablando con los ángeles al igual que si fueran sus amigos de todos los días. Y ya fuera el sabio, el estadista o el filántropo, Ernesto recibía a estos visitantes con la apacible sinceridad que le había caracterizado desde su juventud y hablaba libremente con ellos de lo primero que se les ocurría o de lo que se atesoraba en lo más profundo de su corazón o en el de ellos. Mientras hablaban juntos, la cara de Ernesto se iluminaba inconscientemente y brillaba sobre ellos, como con una suave luz crepuscular. Pensativos por la plenitud de tal discurso, sus huéspedes se despedían y emprendían su camino y, al dejar atrás el valle, hacían una pausa para mirar al Gran Rostro de Piedra, imaginándose que habían visto su parecido en un rostro humano, pero no podían recordar dónde.

Mientras Ernesto se había ido haciendo adulto y después viejo, una generosa Providencia había concedido un nuevo poeta a esta tierra. Él, igualmente, era natural del valle, pero había pasado la mayor parte de su vida a bastante distancia de aquella romántica región, derramando su dulce música entre el bullicio y el estrépito de las ciudades. Con frecuencia, sin embargo, las montañas que le habían sido tan familiares en su infancia elevaban sus nevadas crestas sobre la atmósfera clara de su poesía. Tampoco había sido olvidado el Gran Rostro de Piedra, pues el poeta lo había celebrado en una oda que era tan grandiosa como para haber sido pronunciada por sus propios labios mayestáticos. Este hombre de genio, podemos decir, había

bajado del cielo con dotes maravillosas. Si cantaba a una montaña, los ojos de toda la humanidad veían una grandeza mayor reposando en su rocoso costado o remontándose hasta su cima que la que antes habían visto en ella. Si el tema era un lago encantador, se había proyectado ahora sobre él una sonrisa celestial para que brillase en su superficie para siempre. Si era el infinito y viejo mar, incluso la profunda inmensidad de su terrible seno parecía dilatarse más y más como conmovida por las emociones del canto. Así el mundo asumía otro aspecto, un aspecto mejor desde el momento en que el poeta lo bendecía con sus bienaventurados ojos. El Creador le había otorgado el don de dar el último y mejor toque a su propia obra. La Creación no estaba terminada hasta que el poeta vino a interpretarla y completarla de esa manera.

El efecto no era menos elevado y hermoso cuando los seres humanos, sus hermanos, eran el tema de su verso. El hombre o la mujer, sórdidos entre el polvo común de la vida, que se cruzaban en su diario camino, y el niño pequeño que jugaba en él, eran glorificados si los veía con su vena de fe poética. Mostraba los dorados eslabones de la gran cadena que los entrelazaba con una estirpe angélica; revelaba los escondidos rasgos de un nacimiento celestial que les hacía dignos de tal linaje. Hubo algunos, ciertamente, que pensaron mostrar la rectitud de su juicio afirmando que toda la belleza y la dignidad del mundo natural existían únicamente en la fantasía del poeta. Dejemos que tales hombres hablen por sí mismos, pues sin duda parecen haber sido engendrados por la naturaleza con una despreciativa amargura, con un barro de desecho, después de que hubieran sido hechos todos los puercos. Por todo lo demás, el ideal del poeta era la verdad más verdadera. Los cantos de este poeta llegaron hasta Ernesto. Los leía después de terminar su trabajo cotidiano, sentado en el banco frente a la puerta de su cabaña donde durante tanto tiempo había llenado su reposo de pensamientos, mirando al Gran Rostro de Piedra. Y ahora, mientras leía estrofas que le hacían estremecer el alma, levantó los ojos hacia el gran rostro que le sonreía tan benévolutamente.

—Oh, majestuoso amigo —murmuró dirigiéndose al Gran Rostro de Piedra—. ¿No es digno este hombre de parecerse a vos? El rostro parecía sonreír pero no dijo una palabra.

Y ahora sucedió que el poeta, aunque vivía tan lejos, no sólo había oído hablar de Ernesto sino que había meditado mucho su carácter, hasta que juzgó que no había nada tan deseable como conocer a este gran hombre cuya sabiduría, que nadie le había enseñado, iba de la mano de la noble sencillez de su vida. Una mañana de verano, por tanto, montó en el tren y, al declinar la tarde, se apeó del vagón a no

mucha distancia de la cabaña de Ernesto. El gran hotel, que antes había sido el palacio del Sr. Gathergold, estaba muy cerca pero el poeta, con su maletín de viaje en la mano, preguntó inmediatamente por el domicilio de Ernesto, resuelto a ser aceptado como huésped. Al acercarse a la puerta se encontró con el buen anciano, que tenía un libro en las manos, del que a intervalos leía y, luego, con un dedo entre las páginas, miraba afectuosamente al Gran Rostro de Piedra.

—Buenas tardes —dijo el poeta—. ¿Puede dar a un viajero alojamiento por una noche?

—De buena gana —contestó Ernesto. Y añadió sonriendo—: Me parece que nunca vi al Gran Rostro de Piedra mirar tan acogedoramente a un desconocido.

El poeta se sentó en el banco junto a él y Ernesto y él hablaron. El poeta había tenido con frecuencia relaciones con los más inteligentes y con los más sabios, pero nunca con un hombre como Ernesto cuyos pensamientos y sentimientos brotaban con una libertad tan natural y que conseguía convertir las grandes verdades en algo tan familiar con solo pronunciarlas. Los ángeles, como ya hemos dicho tan a menudo, parecía que habían trabajado con él en la labor de los campos. Se diría que los ángeles se habían sentado con él junto a la chimenea. Y, viviendo con los ángeles, como amigo con amigos, había absorbido la sublimidad de sus ideas a las que había inspirado el dulce y humilde encanto de las palabras familiares. Eso pensó el poeta. Y Ernesto, por otro lado, se sentía conmovido y perturbado por las imágenes vivientes que brotaban de la mente del poeta y que poblaban todo el aire alrededor de la puerta de la cabaña con figuras de belleza, alegres y melancólicas. Las afinidades de estos dos hombres les dotaron de un sentido más profundo que el que ninguno de los dos podía haber adquirido por sí solo. Sus mentes vibraban en un mismo acorde y producían una música deliciosa que ninguno de los dos habría podido reclamar como únicamente suya, ni distinguir su propia parte de la del otro. Se condujeron el uno al otro, por así decirlo, al alto pabellón de sus pensamientos, tan remoto y, hasta entonces, tan misterioso, en el que antes nunca habían entrado, y tan bello que desearon permanecer siempre allí.

Mientras Ernesto escuchaba al poeta, se imaginaba que el Gran Rostro de Piedra se inclinaba para escuchar también. Y miró gravemente a los radiantes ojos del poeta.

—¿Quién eres tú, mi huésped, que estás tan sorprendentemente dotado? —dijo.

El poeta puso el dedo sobre el libro que Ernesto había estado leyendo.

—Tú has leído estos poemas —dijo—. Me conoces, entonces, porque yo los escribí. De nuevo, y aún más profundamente que antes, Ernesto examinó los rasgos del poeta. Luego se volvió hacia el Gran Rostro de Piedra. Después, con una expresión

incierto, de nuevo hacia su huésped. Pero su semblante se vino abajo. Negó con la cabeza y suspiró.

—¿Por qué estás triste? —inquirió el poeta.

—Porque —replicó Ernesto— durante toda mi vida he esperado el cumplimiento de una profecía. Y cuando leí estos poemas esperaba que pudiera cumplirse en ti.

—Tú esperabas —respondió el poeta con una débil sonrisa— encontrar en mí la semejanza con el Gran Rostro de Piedra. Y ahora estás desilusionado, como antes con el Sr. Gathergold, con Old Blood-and-Thunder y con Old Stony Phiz. Sí, Ernesto, es mi destino. Debes añadir mi nombre al de estos tres ilustres y registrar otro fracaso de tus esperanzas. Porque —con vergüenza y con tristeza lo digo, Ernesto— yo no soy digno de ser representado por aquella benigna y majestuosa imagen.

—¿Y por qué? —preguntó Ernesto señalando el libro—. ¿No son divinos estos pensamientos?

—Tienen una carga de divinidad —replicó el poeta—. Puedes oír en ellos el eco lejano de un canto celestial. Pero mi vida, querido Ernesto, no ha correspondido a mi pensamiento. He tenido grandes sueños, pero han sido sólo sueños porque he vivido —y eso, también, por elección propia— en medio de pobres y mezquinas realidades. A veces incluso —¿me atreveré a decirlo?— me falta fe en la grandeza, en la belleza, en la bondad que mis propias obras se dice han hecho más evidente en la naturaleza y en la vida humana. ¿Por qué, entonces, puro buscador del bien y de la verdad, deberías esperar encontrarme en aquella imagen de lo divino?

El poeta hablaba con tristeza y sus ojos estaban empañados por las lágrimas. Y lo mismo ocurría con los de Ernesto.

A la hora de la puesta del sol, como había sido mucho tiempo su costumbre frecuente, Ernesto tenía que dirigir la palabra a una asamblea de sus vecinos al aire libre. Él y el poeta, cogidos del brazo, todavía hablando mientras caminaban, se dirigieron al lugar. Se trataba de un pequeño rincón entre las colinas, con un precipicio gris detrás y cuyo austero perfil se veía aliviado por el agradable follaje de innumerables plantas trepadoras que formaban un tapiz sobre la desnuda roca, al colgar sus festones desde todos sus escabrosos ángulos. En una pequeña elevación sobre el suelo, situada en un rico marco de verdor, aparecía un nicho lo suficientemente espacioso como para admitir a una figura humana, con libertad para tales gestos como los que espontáneamente acompañan al pensamiento fervoroso y a la emoción genuina. Ernesto ascendió hasta este púlpito natural y dirigió una mirada de afecto familiar a su auditorio. Ellos estaban de pie o sentados o recostados sobre

la hierba, como a cada uno le parecía mejor, con el sol que ya partía cayendo oblicuamente sobre ellos y que mezclaba su amansada alegría con la solemnidad de un soto de viejos árboles, entre cuyas ramas y por debajo de ellas los rayos dorados se comprimían para pasar. En otra dirección se veía el Gran Rostro de Piedra con la misma alegría y la misma solemnidad en su benigno aspecto.

Ernesto comenzó a hablar dando a la gente lo que había en su corazón y en su mente. Sus palabras tenían fuerza porque iban acordes con sus pensamientos. Y sus pensamientos tenían realidad porque armonizaban con la vida que siempre él había vivido. No era mero aliento lo que este predicador expresaba; eran las palabras de la vida. Porque una vida de buenas obras y santo amor las impregnaban. Perlas, puras y ricas, habían sido disueltas en esta preciosa bebida. El poeta, mientras escuchaba, sintió que el ser y el carácter de Ernesto eran un tema poético más noble que el que él había escrito en toda su vida. Con los ojos brillantes por las lágrimas, miró con reverencia al venerable hombre y se dijo en su interior que nunca se había dado un aspecto tan digno de un profeta y de un sabio como el de aquel semblante suave, dulce y meditativo, con la gloria de sus cabellos blancos extendidos sobre él. A cierta distancia, pero fácilmente visible, arriba, a la dorada luz del sol poniente, aparecía el Gran Rostro de Piedra, con blanquecinas brumas a su alrededor, como los cabellos blancos alrededor de la frente de Ernesto. Su aspecto de gran beneficencia parecía abrazar al mundo. En ese momento, en afinidad con un pensamiento que estaba a punto de proferir, el rostro de Ernesto asumió una grandiosidad de expresión tan impregnada de benevolencia que el poeta, llevado por un irresistible impulso, dirigió sus brazos a lo alto y gritó:

—¡Mirad, mirad! ¡Ernesto es el retrato mismo del Gran Rostro de Piedra!

Entonces toda la gente miró y vio que lo que el profundo juicio del poeta indicaba era verdad. La profecía se había cumplido. Pero Ernesto, después de terminar lo que tenía que decir, tomó al poeta del brazo y se fue caminando lentamente hacia su casa, esperando todavía que algún hombre más sabio y mejor que él apareciera alguna vez llevando en sus rasgos el parecido con el Gran Rostro de Piedra.

El holocausto del mundo

En cierta ocasión si bien es asunto de poca o ninguna importancia que fuera en el pasado o en tiempos venideros, este ancho mundo había llegado a estar tan sobrecargado, había llegado a tener tal acumulación de cosas viejas e inútiles que sus habitantes decidieron librarse de ellas por medio de una hoguera general. El sitio elegido por gestiones de las compañías de seguros, al ser un lugar tan céntrico como cualquier otro del globo, fue una de las más vastas praderas del oeste donde ninguna morada humana pudiera verse expuesta al peligro de las llamas y donde una amplia asamblea de espectadores pudiera cómodamente admirar la función. Y puesto que yo tenía un cierto gusto por espectáculos de este tipo e imaginándome así mismo que el resplandor de la hoguera podría revelar alguna profunda verdad moral hasta el presente oculta en la niebla o en la oscuridad, me pareció oportuno viajar hasta allí para estar presente. A mi llegada, aunque la cantidad de desechos condenados era relativamente pequeña, se le había aplicado ya la tea. En medio de aquella llanura sin fondo, en la penumbra del crepúsculo, como una lejana estrella sola en el firmamento, de allí salía, apenas visible, un trémulo resplandor del que nadie podía haber anticipado una llamarada tan violenta como la que estaba destinada a producirse después. A cada momento, empero, llegaban caminantes a pie, mujeres sujetándose los delantales, hombres a caballo, carretillas, carromatos de trastos viejos y otros vehículos, grandes y pequeños, de lejos y de cerca, todos cargados de artículos sobre los que se había decidido que no valían para otra cosa que para que los quemaran.

—¿Qué materiales se han usado para encender la llama? —solicité de uno de los espectadores. Porque yo estaba deseoso de conocer todo el proceso de la operación de principio a fin.

La persona a la que me había dirigido era un hombre grave, de unos cincuenta años poco más o menos y que evidentemente había llegado al lugar como espectador. Me dio inmediatamente la impresión de ser una persona que había sopesado por sí misma el verdadero valor de la vida y sus circunstancias y que, por tanto, sentía muy poco interés personal por cualquier juicio que el mundo se pudiera formar de ellas. Antes de responder a mi pregunta me miró a la cara, iluminada por la luz del fuego.

—Oh, unos combustibles muy secos —replicó— y extremadamente apropiados para este propósito: no otros, de hecho, que los periódicos de ayer, las revistas del mes pasado y las hojas secas del otro año. Y aquí llegan ahora unos trastos anticuados

que van a arder como si fueran un puñado de virutas.

Mientras hablaba, unos hombres de rudo aspecto avanzaron hasta el límite de la hoguera y arrojaron, al parecer, todos los desechos del departamento de heráldica: los blasones de los escudos de armas, las cimeras de los morriones y las divisas de ilustres familias, genealogías que retrocedían como trazos de luz hasta la niebla de los oscuros siglos de la Edad Media, junto con estrellas, jarreteras, gorgueras bordadas, cada una de las cuales, aunque pareciera una despreciable fruslería ante unos ojos ignorantes, había tenido en su tiempo un vasto significado que era todavía reconocido, a decir verdad, por los adoradores del pasado glorioso como el más precioso de los hechos morales o materiales. Mezcladas con este confuso conglomerado que había sido inmediatamente arrojado a las llamas a grandes brazadas había innumerables insignias de la caballería, entre las que no faltaban las de todas las monarquías europeas y la condecoración de la Legión de Honor de Napoleón, cuyas bandas se mezclaban con las de la antigua orden de San Luis. Se encontraban allí también las medallas de nuestra propia sociedad de Cincinnati, mediante la que, como la historia nos narra, se llegó casi a constituir una orden hereditaria de caballeros con los debeladores de reyes de la revolución. Y además, allí estaban las patentes de nobleza de los condes y barones alemanes, de los grandes de España, de los pares ingleses, desde los carcomidos documentos firmados por Guillermo el Conquistador hasta el nuevo pergamino sellado del último lord que ha recibido sus honores de la suave mano de Victoria.

Ante la visión de los densos caudales de humo entremezclados con las resplandecientes llamaradas que borbotaban y salían arremolinadas de este inmenso cúmulo de distinciones terrenas, la multitud de plebeyos espectadores lanzó un jubiloso grito y aplaudió con un énfasis tal que resonó en la bóveda celeste. Éste era su momento de triunfo, logrado, después de tanto tiempo, sobre las criaturas hechas del mismo barro y aquejadas de las mismas flaquezas que habían osado asumir los privilegios debidos sólo a una obra celestial mejor. Pero he aquí que en estos momentos se adelantó hacia el llameante montón un hombre de cabellos grises, de augusta presencia, que llevaba puesta una levita de cuyo pecho parecía que había sido arrancada por la fuerza una estrella o algún otro distintivo de rango. No poseía las señales del poder intelectual en su rostro, pero todavía conservaba el porte, la dignidad habitual y casi natural de aquel que ha nacido con la idea de su propia superioridad social y nunca la ha visto cuestionada hasta ese momento.

—Gentes —gritó mirando con pesar y con sorpresa, pero, sin embargo, con un grado de dignidad, las ruinas de lo que tan querido era a sus ojos—, gentes. ¿Qué habéis

hecho? Este fuego está consumiendo todo lo que señaló vuestro progreso desde la barbarie o lo que pudo haber evitado vuestra recaída en ella. Nosotros, los hombres de las clases privilegiadas, fuimos los que mantuvimos vivo, siglo tras siglo, el antiguo espíritu caballeroso, el pensamiento noble y generoso, la vida más noble, más pura, más refinada y delicada. Con los nobles os deshacéis también del poeta, del pintor, del escultor... de todas las bellas artes. Porque nosotros fuimos sus patronos y creamos la atmósfera en la que florecieron. Al abolir las sublimes distinciones de rango, la sociedad pierde, no sólo su gracia, sino su solidez.

Más hubiera hablado, sin duda, pero en ese momento se elevó un griterío burlón, insolente e indignado que ahogó totalmente la llamada del noble caído, de forma que, dirigiendo una mirada de desesperación a su casi consumido árbol genealógico, volvió a sumergirse entre el gentío, contento de poder protegerse bajo su recién hallada insignificancia.

—¡Que agradezca a su destino que no le hayamos arrojado al mismo fuego! —gritó una rústica figura dando una patada a las brasas—. Y desde ahora en adelante que nadie se atreva a mostrar ni un trozo de pergamino mohoso como garantía para dominar a sus semejantes. Si tiene fuerza en los brazos, santo y bendito: es una clase de superioridad. Si tiene talento, sabiduría, valor, fortaleza de carácter, que esos atributos hagan por él lo que puedan. Pero desde este día en adelante ningún mortal debe esperar lugar y consideración por sacar a relucir los enmohecidos huesos de sus antepasados. Esa tontería se acabó.

—Y en buena hora —comentó el grave observador de mi lado, en voz baja sin embargo—, si no viene otra tontería peor a ocupar su lugar. Pero, de todos modos, esta especie de tontería ya ha vivido bastante.

Había poco espacio para reflexionar o moralizar sobre los rescoldos de estos venerables desechos, porque, antes de que se hubieran medio consumido, llegaba otra multitud de allende los mares trayendo las purpúreas vestiduras de la realeza y las coronas, globos y cetros de emperadores y reyes.

Todos estos objetos habían sido considerados como inútiles fruslerías, juguetes como mucho, adecuados únicamente para la minoría de edad del mundo, o instrumentos tiránicos para gobernarlo y disciplinarlo en su infancia, pero con los que la humanidad universal, alcanzada ya la estatura adulta, no podía soportar ya más que se le insultase. Y hasta tal nivel de desprecio habían llegado a caer estas reales insignias que la corona dorada y las ropas de oropel del actor que hacía de rey en el teatro Drury Lane^[6] habían sido añadidas al resto, sin duda como una burla hacia sus monarcas hermanos del gran teatro del mundo. Era un extraño espectáculo

descubrir las joyas de la corona de Inglaterra brillando y lanzando destellos en medio del fuego. Algunas de ellas procedían de los tiempos de los reyes sajones, otras habían sido adquiridas con grandes proventos o, quizá, arrebatadas de las frías frentes sin vida de los potentados nativos del Indostán. Y todas ellas resplandecían ahora con un brillo deslumbrante, como si una estrella hubiera caído en aquel lugar y estallado en mil pedazos. El esplendor de la desmoronada monarquía no se reflejaba en nada salvo en aquellas inestimables piedras preciosas. Pero dejemos ya este tema. Sería verdaderamente tedioso describir la manera en que el manto del emperador de Austria se había convertido en yesca y cómo los puntales y columnas del trono francés se convirtieron en un montón de tizones, con lo que era imposible distinguirlo de cualquier otra madera. Permítaseme añadir, sin embargo, que observé a uno de los exiliados polacos atizar la hoguera con el cetro del zar de Rusia, que luego arrojó a las llamas.

—El olor de las vestimentas chamuscadas es intolerable aquí —observó mi nuevo conocido al envolvernos la brisa con el humo de una guardarropía real—. Coloquémonos a favor del viento y veamos lo que están haciendo al otro lado de la hoguera.

Así que dimos la vuelta, justo a tiempo de ser testigos de la llegada de una larga procesión de washingtonianos —como se auto-denominan los partidarios de la templanza hoy en día—, acompañados de millares de discípulos irlandeses del padre Mathew^[7], con aquel gran apóstol en cabeza. Traían una rica contribución para la hoguera: nada menos que todos los toneles y barriles de licor del mundo, que hacían rodar delante de ellos a través de la pradera.

—Ahora, hijos míos —gritó el padre Mathew cuando alcanzaban ya el borde de la hoguera—, un empujón más y la labor está hecha. Y ya, apartémonos para ver a Satanás ocuparse de su propio licor.

Así, después de colocar sus recipientes de madera al alcance de las llamas, la procesión se apartó a una prudente distancia y pronto pudieron verlos arder en una llamarada que llegaba hasta las nubes y amenazaba prenderle fuego al mismo cielo. Y bien que podía, porque aquí se encontraban todas las existencias de licores espirituosos del mundo, las cuales, en lugar de poner una llamita de locura en los ojos de determinados borrachines, como antaño, se remontaban hacia lo alto con un desconcertante resplandor que espantaba a toda la humanidad. Era el conglomerado añadido a aquel voraz incendio lo que, de no haber sido así, hubiera abrasado el corazón de millones de seres. Mientras tanto, innumerables botellas de precioso vino eran arrojadas a las llamas, que bebían con avidez su contenido como si les

encantase, y se volvían, al igual que otros borrachos, más alegres y más violentas cuanto más bebían. Nunca más la insaciable sed del demonio del fuego volverá a ser tan bien servida. Aquí se hallaban los tesoros de afamados «bon vivants» —licores que se habían mecido en el océano y madurado al sol y atesorado durante mucho tiempo en las entrañas de la tierra—, el pálido, el dorado, el rojizo jugo de las viñas más delicadas, la cosecha entera de Tokay^[8], mezclándose todo en un mismo caudal con los fluidos viles de la taberna vulgar y contribuyendo a acrecentar las mismas llamas. Y mientras éstas se elevaban en una gigantesca espiral que parecía ondear contra la bóveda del firmamento y se fundía con la luz de las estrellas, la multitud prorrumpió en un griterío como si la inmensa tierra se regocijara exultante por haberse liberado de la maldición de los tiempos.

Pero la alegría no era universal. Muchos se temían que la vida humana iba a ser más sombría que nunca cuando aquella breve iluminación se extinguiera. Mientras los reformadores se dedicaban a su labor, alcancé a oír musitados reproches procedentes de varios caballeros respetables, adornados con rojas narices y zapatos propios de quien ha adquirido la gota. Y un irritado notable, cuya cara semejaba un fogón apagado, expresaba ahora su descontento de forma más abierta y osada.

—¿Qué tiene ya de bueno este mundo —dijo el último bebedor— si ya no podemos estar alegres nunca más? ¿Qué va a confortar al pobre hombre en la pena y en la confusión? ¿Cómo va a poder conservar cálido su corazón frente a los fríos vientos de esta triste tierra? ¿Y qué os proponéis darle a cambio del solaz que le arrebatáis? ¿Cómo se van a sentar juntos los viejos amigos frente a la chimenea sin un alegre vaso entre ellos? ¡Una plaga sobre vuestra reforma! ¡Éste es un mundo triste, un mundo frío, un mundo egoísta, un mundo bajo el que no se merece que un hombre honrado viva en él ahora que la buena camaradería ha desaparecido para siempre!

Esta arenga suscitó un gran regocijo entre los espectadores. Pero, disparatado como era su sentimiento, no pude yo evitar una cierta conmiseración hacia la desamparada condición del último bebedor, cuyos compañeros de actividad se habían evaporado de su lado dejando al pobre hombre sin un alma que le ayudara a beber su licor y sin ni siquiera licor para beber. Pero tampoco era exactamente éste el verdadero estado de la situación, porque yo le había visto en un momento crítico sisar una botella de coñac de cuarta graduación que había caído junto a la hoguera y guardársela en el bolsillo. Una vez que los licores espirituosos y fermentados fueron así despachados, el celo de los reformadores les indujo a continuación a reaprovisionar el fuego con todas las cajas de té y sacos de café del mundo. Llegaban ya los plantadores de Virginia trayendo sus cosechas de tabaco. Todo esto, arrojado sobre aquel montón de

inutilidades, llegó a tomar el tamaño de una montaña e incensó la atmósfera con tan intensa fragancia que pensé que nunca volveríamos a respirar aire puro de nuevo. El presente sacrificio parecía alarmar a los amantes del tabaco más que cualquier otro que hasta el momento hubieran presenciado.

—Bueno, pues ya me han quitado la pipa —dijo un anciano caballero echándola enfurruñado a las llamas—. ¡Dónde va a ir a parar este mundo! Todo lo rico y todo lo que tiene verdadero sabor, toda la sal de la vida, es condenado como inútil. Y ya que han encendido la hoguera, si todos estos absurdos reformadores se arrojaran a ella, todo estaría mejor que mejor.

—Ten paciencia —le respondió un firme conservador—. Al final eso es lo que va a pasar. Nos van a echar primero a nosotros y luego se tirarán ellos.

De todas las medidas generales y sistemáticas de reforma pasé ahora a considerar las contribuciones individuales a esta hoguera memorable. En muchos casos tuvieron un carácter verdaderamente divertido. Un pobre hombre tiró su bolsa vacía y otro un fajo de billetes falsos o impagables. Elegantes señoras arrojaron sus sombreros de la temporada anterior, junto con montones de perifollos, encajes amarillos y otros muchos artículos de sombrerería semideteriorados, todos los cuales demostraron ser incluso más evanescentes en el fuego que lo que habían sido en la moda. Una multitud de amantes de ambos sexos —doncellas arrumbadas, solteros y parejas mutuamente cansados los unos de los otros— lanzaban manojos de cartas perfumadas y sonetos enamorados. Un político corrupto, al haber sido privado del pan de su boca por la pérdida del cargo, arrojó sus dientes, que resultaron ser postizos. El reverendo Sidney Smith^[9] —que había cruzado el Atlántico con ese único propósito— se acercó hasta la hoguera con una sonrisa amarga y lanzó al fuego ciertos bonos cancelados, confirmados, empero, como estaban por el inconfundible sello de un estado soberano. Un muchachito de cinco años, con la prematura virilidad de la época actual, arrojó sus juguetes a las llamas. Un graduado universitario, su diploma. Un boticario, arruinado por la expansión de la homeopatía, todo su caudal de drogas y medicinas. Un médico, su biblioteca. Un párroco, sus viejos sermones. Un refinado caballero de la vieja escuela, su código de buenos modales que él mismo había escrito con anterioridad para beneficio de la siguiente generación. Una viuda, dispuesta a contraer un segundo matrimonio, se deshizo tímidamente de la miniatura de su difunto esposo. Un joven, rechazado por su dama, hubiera lanzado de buen grado su propio corazón desesperado, pero no pudo encontrar la forma de arrancárselo del pecho. Un autor norteamericano, cuyas obras resultaban indiferentes al público, arrojó su papel y su pluma a la hoguera y se

entregó a una ocupación menos descorazonadora. En cierto modo me alarmó oír de forma casual a un grupo de damas, altamente respetables en apariencia, que proponían echar sus vestidos y enaguas al fuego y asumir las vestimentas, junto con los modales, deberes, ocupaciones y responsabilidades del sexo opuesto.

No puedo decir si este proyecto fue acogido favorablemente o no, porque mi atención se vio súbitamente atraída por una pobre muchacha engañada y medio delirante que, exclamando que ella era el ser más despreciable, vivo o muerto, de la tierra, intentaba arrojarse al fuego entre todo aquel quebrado naufragio del oropel del mundo. Un buen hombre, no obstante, corrió en su rescate.

—¡Paciencia, mi pobre muchacha! —le decía él mientras la retiraba del feroz abrazo del ángel destructor—. Ten paciencia y acata la voluntad del cielo. En tanto que poseas un alma viviente, todo puede retornar a su primitiva lozanía. Estas cosas materiales y estas creaciones de la fantasía humana no sirven para otra cosa que para ser quemadas una vez que ya han tenido su día. ¡Pero tu día es la eternidad!

—Sí —dijo la desdichada joven, cuyo frenesí parecía haberse sumido ahora en un profundo decaimiento—, ¡sí, y el sol ha sido borrado de él!

Había ahora un rumor entre los espectadores de que todas las armas y municiones de guerra iban a ser arrojadas a la hoguera, con la excepción de las existencias mundiales de pólvora que, como método más seguro para librarse de ellas, ya habían sido arrojadas al mar. Esta información pareció despertar una gran variedad de opiniones. El confiado filántropo lo consideraba como una señal de que el milenio ya había llegado; mientras que personas de otra estampa, para quienes la humanidad era una camada de bulldogs, profetizaban que toda la antigua fortaleza, fervor, nobleza, generosidad y magnanimidad de la raza desaparecerían, puesto que estas cualidades, según decían, requerían sangre para su sustento. Se consolaban a sí mismos, sin embargo, con la creencia de que la propuesta abolición de la guerra era inviable durante un periodo largo de tiempo.

Pero sea como fuera, un sinnúmero de grandes cañones cuyo trueno había sido durante mucho tiempo la voz de la batalla —la artillería de la Armada Invencible, las baterías de Marlborough y los cañones adversarios de Napoleón y Wellington— fueron empujados rodando hasta el centro del fuego. Se había hecho éste tan intenso, a causa de la continua adición de combustibles secos, que ni el bronce ni el hierro podían resistirlo. Era maravilloso observar cómo se derretían aquellos instrumentos de muerte, como juguetes de cera. Después, los ejércitos de la tierra comenzaron a dar vueltas alrededor de la enorme fundición, con su música militar interpretando marchas triunfales, mientras arrojaban sus mosquetes y espadas. Los

portaestandartes, de la misma manera, lanzaron una mirada hacia lo alto de sus banderas, todas ellas desgarradas por los agujeros de los proyectiles y ostentando los nombres bordados de los victoriosos campos de batalla; y haciéndolas tremolar por última vez en la brisa las bajaron hasta las llamas, que se las llevaron con ellas hacia arriba en su acometida hasta las nubes. Una vez que hubo concluido esta ceremonia al mundo no le quedó ni una sola arma en las manos, a excepción quizá de unas pocas armas reales, espadas roñosas y otros trofeos de la Revolución almacenados en alguna de nuestras armerías estatales. Y ahora los tambores redoblaban y las trompetas lanzaban a la vez sus vibrantes sonos, como un preludio de la proclamación de la paz universal y eterna, y el anuncio de que la gloria había dejado de conquistarse con sangre y de que, por el contrario, desde ahora en adelante sería el afán de la especie humana el trabajar en pro del mayor bien mutuo y que la práctica del bien, en los futuros anales de la tierra, afirmarían el encomio del valor. Las felices noticias fueron promulgadas en consecuencia y produjeron infinito regocijo entre aquellos que se habían sentido espantados ante el horror y el despropósito de la guerra.

Pero vi una mohína sonrisa cruzar por el endurecido rostro de un viejo y augusto comandante —de acuerdo con su aguerrida figura y rica vestimenta militar podía haber sido uno de los famosos mariscales de Napoleón— que, con el resto de la soldadesca del mundo, acababa de arrojar de sí la espada que tan familiar había sido a su mano derecha durante medio siglo.

—¡Ay, ay! —se quejaba—. Que proclamen lo que quieran, pero al final acabaremos descubriendo que toda esta bufonada lo único que ha hecho es dar más trabajo a los armeros y a los fundidores de cañones.

—¡Cómo, señor! —exclamé yo atónito—. ¿Se imagina usted que la raza humana volverá alguna vez sobre las huellas de su pasada locura como para forjar otra espada o fundir otro cañón?

—No habrá necesidad —observó con una expresión de burla y desprecio uno que ni sentía benevolencia ni tenía fe en ella—. Cuando Caín deseó matar a su hermano, no tuvo problemas en cuanto al arma.

—Ya veremos —replicó el veterano comandante—. Si estoy en un error, tanto mejor. Pero en mi opinión, sin pretender filosofar sobre la cuestión, la necesidad de la guerra está más arraigada que lo que estos honrados caballeros suponen. Pero bueno: ¿hay un campo donde dirimir todas las triviales disputas de los individuos? Ya que no habrá una gran corte de justicia para el ajuste de las dificultades nacionales, el campo de batalla es la única corte en donde se pueden llevar a cabo

tales procesos.

—Usted olvida, general —repliqué yo— que en esta avanzada etapa de la civilización, la Razón y la Filantropía combinadas constituirán justamente ese tribunal indispensable.

—Ah, me había olvidado de eso, claro está —dijo el viejo militar mientras se alejaba renqueando.

Se iba ahora a reaprovisionar el fuego con materiales que hasta entonces habían sido considerados incluso de mayor importancia para el bienestar de la sociedad que las municiones bélicas que habíamos visto consumirse. Un cuerpo de reformadores había viajado por toda la tierra en busca de la maquinaria con la que las diferentes naciones acostumbraban a aplicar la pena de muerte. Un estremecimiento recorrió la multitud mientras aquellos lúgubres símbolos eran arrastrados hacia el fuego. Incluso las llamas parecían retraerse al principio, mostrando la forma y el artificio asesino de cada uno de ellos con una gran llamarada luminosa que por sí misma era suficiente para convencer a la humanidad del largo y fatal error de la ley humana. Aquellos viejos instrumentos de crueldad, aquellos horribles monstruos del mecanismo, aquellos inventos que parecían reclamar algo peor que lo que el propio corazón del hombre pudiera idear y que habían permanecido acechantes en los lúgubres rincones de antiguas prisiones, tema de terrorífica leyenda, eran colocados ahora ante la vista de todos. Las hachas de los verdugos, con las manchas de sangre real y noble aún sobre ellas, y una vasta colección de dogales, que habían ahogado la respiración de las víctimas plebeyas, fueron arrojadas al fuego todas juntas. Un griterío saludó la llegada de la guillotina, que era empujada sobre las mismas ruedas que la habían llevado de un lado a otro por las calles tintas de sangre de París. Pero la ovación más cerrada surgió, anunciando al distante cielo el triunfo de la redención de la tierra, cuando hizo su aparición la horca. Sin embargo, un tipo de mala catadura se precipitó hacia adelante y, colocándose en el camino de los reformadores, comenzó a bramar roncamente y a luchar con salvaje furia para detener su avance. No era causa de mucha sorpresa, tal vez, que el verdugo hiciera todo lo que podía para defender y mantener la maquinaria con la que él se había ganado la vida, e individuos de más mérito la muerte. Pero merecía nota especial que hombres de muy diferentes esferas —incluso los pertenecientes a esa clase consagrada en cuya custodia el mundo está dispuesto a confiar su benevolencia— sorprendieron adoptando el punto de vista del verdugo sobre la cuestión.

—¡Deteneos, hermanos! —gritó uno de ellos—. Habéis sido seducidos por una falsa filantropía. No sabéis lo que hacéis. La horca es un instrumento instituido por el

cielo. Lleváosla, pues, de nuevo y, con reverencia, plantadla en su antiguo lugar de modo que el mundo no se precipite en la ruina y la desolación.

—¡Adelante, adelante! —gritaba un adalid de la reforma—. ¡A las llamas con ese execrable instrumento de los sanguinarios sistemas del hombre! ¿Cómo puede la ley humana inculcar benevolencia y amor mientras se empeña en enarbolar la horca como su símbolo principal? Un esfuerzo más, amigos míos, y el mundo será redimido de su mayor error.

Un millar de manos, a las que sin embargo les repugnaba tocarla, aportaron ahora su ayuda y arrojaron lejos la ominosa carga, hasta el centro de la embravecida hoguera. Allí se pudo ver su funesta y aborrecida imagen, primero negra, después como un carbón encendido, luego cenizas.

—¡Eso ha estado bien hecho! —exclamé.

—Sí, ha estado bien —contestó, pero con menos entusiasmo del que yo esperaba, el pensativo observador que estaba aún a mi lado—. Bien hecho si el mundo fuera lo suficientemente bueno como para estar a la altura de la medida. La muerte, sin embargo, es una idea que no se puede pasar por alto fácilmente en ninguna situación, desde la inocencia original a esa otra pureza y perfección que quizá estemos destinados a alcanzar tras haber completado todo el círculo de nuestro viaje. Pero, en todo caso, ha estado bien el haber intentado ahora el experimento.

—¡Demasiado frío, demasiado frío! —exclamaba impaciente el joven y ardiente líder ante este triunfo—. Que el corazón tenga aquí su voz al igual que el intelecto. Y en cuanto a madurez y en cuanto a progreso, que la humanidad haga siempre lo más elevado, lo más benéfico, lo más noble que, en cualquier época dada, haya podido percibir. Y eso, con seguridad, no puede ser erróneo ni inoportuno.

No sé si fue la excitación de la escena o si la buena gente que rodeaba la hoguera se iba realmente ilustrando más y más a cada momento, el caso es que ahora procedían a tomar medidas que, de llevarlas hasta el fin, me sentía yo difícilmente preparado para acompañarles. Por ejemplo, algunos arrojaron sus certificados de matrimonio a las llamas y se declararon candidatos a una unión más elevada, más sagrada y de más cabida que la que había subsistido desde el comienzo de los tiempos bajo la forma del lazo conyugal. Otros se precipitaron hacia los sótanos de los bancos y hacia los cofres de los ricos —todos los cuales fueron abiertos al primero que llegara a esta fatal ocasión— y trajeron balas enteras de papel moneda para avivar la llama y toneladas de monedas para que se derritieran con su intensidad. A partir de ahora, dijeron, la benevolencia universal, sin necesidad de acuñación y sin límites, iba a ser la divisa de oro del mundo. Ante estas noticias los banqueros y los especuladores de

la Bolsa se pusieron pálidos, y un carterista, que había recogido una rica cosecha entre la multitud, cayó desplomado en un desmayo mortal. Bastantes hombres de negocios quemaron sus libros diarios y mayores, las notas y obligaciones de sus acreedores y cualquier otra evidencia de deudas activas suyas. Mientras quizá un número algo mayor satisfacía su celo por la reforma con el sacrificio de cualquier incómodo recuerdo de sus propias deudas. Se produjo entonces un clamor sobre que había llegado ya el tiempo en que las escrituras de propiedad de la tierra debían ser entregadas a las llamas y que todas las tierras del mundo revirtieran en el común del pueblo, del que habían sido injustamente enajenadas y desigualmente distribuidas entre los particulares. Otra facción pedía que todas las constituciones escritas, los libros de estatutos y cualquier otra cosa sobre la que la humana invención se hubiera empeñado en estampar sus arbitrarias leyes, fueran de inmediato destruidos dejando al mundo así consumado tan libre como el primer hombre de la creación.

Si se llegó a emprender alguna acción definitiva respecto a estas propuestas es algo que está más allá de mi alcance porque, en ese mismo momento estaban teniendo lugar ciertos acontecimientos que afectaban más de cerca a mis simpatías.

—¡Mirad, mirad! ¡Qué montones de libros y panfletos! —gritaba un individuo que no parecía ser precisamente un amante de la literatura—. ¡Ahora sí que vamos a tener un fuego glorioso!

—¡Eso es precisamente! —dijo un filósofo moderno—. Ahora nos libraremos del peso del pensamiento de los muertos, que hasta ahora ha presionado tan abrumadoramente sobre el intelecto viviente que éste se ha visto imposibilitado para realizar cualquier esfuerzo propio eficaz. ¡Bien hecho, muchachos! ¡Al fuego con ellos! ¡Ahora sí que de verdad estáis ilustrando al mundo!

—¿Pero qué va a ser de los del gremio? —gritó un enfurecido librero.

—¡Ah, no faltaría más! Que acompañen a su mercancía —observó fríamente un autor—. ¡Será una noble pira funeraria!

La verdad era que la especie humana había alcanzado ya un grado de progreso tan superior al que habían podido siquiera soñar los hombres más sabios y más inteligentes de épocas anteriores que hubiera sido un despropósito manifiesto permitir que la tierra siguiera abrumada con sus pobres logros en el terreno literario. Consecuentemente, una exhaustiva y minuciosa investigación había barrido las tiendas de los libreros, los puestos de los vendedores callejeros, las bibliotecas públicas y privadas e incluso las pequeñas estanterías junto a las chimeneas de las casas de campo, y había traído la totalidad del papel impreso del mundo, encuadernado o en hojas sueltas, para hinchar la ya abultada montaña de nuestra

ilustre hoguera. Gruesos y pesados infolios, que contenían los trabajos de los lexicógrafos, comentaristas y enciclopedistas, fueron arrojados al fuego y, cayendo entre las brasas con un golpe plúmbeo, fueron quemándose lentamente hasta convertirse en cenizas, como si de madera podrida se tratara. Los pequeños tomos franceses, ricamente dorados, de la última época, con los cien volúmenes de Voltaire entre ellos, acabaron en una brillante lluvia de chispas y pequeñas llamaradas, mientras que la literatura de actualidad de la misma nación ardió en rojo y azul, lanzando una luz infernal sobre los rostros de los espectadores y reduciéndolos todos al aspecto de demonios pintados con el color de su pandilla. Una colección de cuentos alemanes impregnó el aire de olor a azufre. Los autores típicos ingleses resultaron un buen combustible, exhibiendo por lo general las propiedades de sólidos leños de roble. Las obras de Milton, en particular, lanzaron hacia lo alto una potente llamarada para transformarse gradualmente en rojos carbones que prometían durar más que cualquier otro material de la pira. De Shakespeare brotó una llama de un esplendor tan maravilloso que los hombres se protegieron los ojos como si se hubiera tratado de la gloria meridiana del sol. Y ni siquiera cuando las obras de los propios intérpretes del poeta cayeron sobre él, dejó de lanzar un deslumbrante resplandor desde debajo del montón. Y estoy seguro de que sigue aún resplandeciendo tan ardientemente como siempre.

—Si un poeta pudiera encender una lámpara en esa gloriosa llama —comenté yo— podría después «quemarse las cejas» por alguna buena razón.

—Eso es exactamente lo que los poetas modernos han estado tan dispuestos a hacer o al menos a intentar —contestó un crítico—. El principal beneficio que se puede esperar de esta quema de la literatura del pasado es, sin lugar a dudas, que los escritores, de ahora en adelante, se verán obligados a encender sus lámparas en el sol o en las estrellas.

—Si pueden subir tan alto —dije yo—. Pero esa tarea requiere un gigante que pueda luego repartir la luz entre los hombres inferiores. No todo el mundo puede robar el fuego del cielo, como Prometeo, que cuando realizó la proeza mil hogares fueron iluminados con él.

Me sorprendió mucho observar cuán indefinida era la proporción entre la masa física de un autor cualquiera y la cualidad de una combustión larga y brillante. Por ejemplo, no había ni un solo volumen «in quarto» del siglo pasado —ni ciertamente del actual— que pudiera competir en ese particular con un pequeño libro infantil de cubiertas doradas que contenía las *Melodías de Mamá Ganso*. La *Vida y muerte de Pulgarcito* sobrepasó en duración a la biografía de Marlborough. Un poema épico,

ciertamente una docena de ellos, quedaron convertidos en ceniza blanca antes de que se consumiera la única hoja de una vieja balada. En más de un caso, también, cuando volúmenes de celebrado verso se mostraron incapaces de producir nada mejor que un sofocado humillo, una desconocida cancioneta de algún oscuro bardo —quizá en un rincón de algún periódico— se remontaba hacia las estrellas con una llama tan brillante como la de ellas. Y hablando de las propiedades de la llama, me dio la impresión de que la poesía de Shelley emitía una luz más pura que casi ninguna otra producción de su tiempo, contrastando maravillosamente con los vacilantes y cárdenos fulgores y borbotones de vapor negro que despedían arremolinados los volúmenes de Lord Byron. En cuanto a Tom Moore, algunas de sus canciones despedían un aroma como el de un pastel quemado.

Sentía yo un interés especial en contemplar la combustión de los autores norteamericanos y registré escrupulosamente con mi reloj el preciso número de momentos en que la mayoría de ellos se transformaban de libros pobremente impresos en indistinguibles cenizas. Sin embargo resultaría desagradable, si no peligroso, traicionar estos horribles secretos. Por eso me contentaré con advertir que no era invariablemente el escritor que con más frecuencia estaba en boca de la opinión pública el que hacía la más espléndida aparición en la hoguera. Recuerdo especialmente la excelente inflamabilidad que mostró un delgado volumen con poemas de Ellery Channing; aunque, a decir verdad, hubo ciertas secciones que sisearon y chisporrotearon de forma harto desagradable. Un curioso fenómeno se produjo en relación con varios escritores, tanto nacionales como extranjeros. Sus libros, si bien de un aspecto respetabilísimo, en lugar de estallar en llamas o incluso consumir su tejido en humo, se derritieron repentinamente de una forma que evidenció que eran de hielo.

Si no fuera una falta de modestia mencionar mis propias obras, aquí se confesaría que las busqué con paternal interés, pero en vano. Con toda probabilidad se convirtieron en vapor ante la primera acción del calor. Como mucho, puedo únicamente esperar que, en su modestia, contribuyeran con una o dos resplandecientes chispas al esplendor de la noche.

—¡Ay, pobre de mí! —se lamentaba un caballero de aspecto apesadumbrado que llevaba unas gafas verdes—. El mundo está arruinado por completo y ya no hay ninguna razón para vivir. Me han arrebatado el asunto de mi vida. ¡Ni un solo libro ya, ni por las buenas ni por las malas!

—Ese —comentó el juicioso observador que estaba a mi lado— es un ratón de biblioteca, uno de esos hombres nacidos para mordisquear pensamientos muertos.

Sus ropas, como ve, están cubiertas del polvo de las bibliotecas. No tiene ninguna fuente de ideas interior. Y, con toda franqueza, ahora que los viejos valores han sido abolidos, no veo qué va a ser del pobre hombre. ¿No tiene usted una palabra de consuelo para él?

—Mi querido señor —le dije al desesperado ratón de biblioteca—. ¿No es mejor la naturaleza que un libro? ¿No es más profundo el corazón humano que cualquier sistema filosófico? ¿Y no está la vida repleta de enseñanzas, más de las que los observadores pasados hayan podido escribir en máximas? ¡Alégrese, hombre! El gran libro del Tiempo aún se extiende, abierto y amplio, ante nosotros. Y si acertamos a leerlo será para nosotros un volumen de eterna verdad.

—¡Ay, mis libros, mis libros! ¡Mis preciosos libros impresos! —repetía el desamparado ratón de biblioteca—. Mi única realidad era un volumen encuadernado. ¡Y ahora va no me dejarán ni siquiera un triste panfleto!

De hecho, los últimos restos de la literatura de todas las épocas caían ahora sobre el llameante montón bajo la forma de una nube de panfletos procedentes de la prensa del Nuevo Mundo. Y fueron igualmente consumidos en un abrir y cerrar de ojos, dejando la tierra, por primera vez desde los días de Cadmo^[10], libre de la peste de las letras, un campo envidiable para los autores de la generación siguiente.

—Bueno, ¿queda algo más por hacer? —pregunté con cierta ansiedad—. A menos que le prendamos fuego a la propia tierra y demos un decidido salto hacia el espacio infinito, no veo que podamos llevar más allá la reforma.

—Usted está en un inmenso error, mi querido amigo —dijo el observador—. Créame, no van a dejar que el fuego se apague sin añadirle un combustible que va a espantar a muchas de las personas que hasta ahora han estado gustosamente echando una mano.

Sin embargo, parecía que se producía una relajación en el esfuerzo durante un breve espacio de tiempo, en el cual, probablemente, los dirigentes del movimiento estuvieron considerando lo que se debería hacer después. En este intervalo, un filósofo arrojó su teoría a las llamas, sacrificio que fue declarado, por aquellos que sabían apreciarlo, como el más extraordinario de todos los que se habían hecho. La combustión, a pesar de todo, no fue en modo alguno brillante. Algunas personas infatigables, desdeñando un solo momento de descanso, se dedicaban ahora a recoger todas las hojas y ramas caídas del bosque, reavivando así la hoguera hasta que alcanzó una altura mayor que nunca. Pero esto era un mero episodio.

—Aquí llega el nuevo combustible del que antes hablé —dijo mi compañero.

Para mi asombro, las personas que ahora avanzaban hacia el espacio vacío de los

alrededores de la montaña de fuego llevaban sobrepellices y otras vestimentas sacerdotales, mitras, báculos y una verdadera confusión de emblemas papistas y protestantes con los que parecía su propósito consumir el gran auto de fe. Las cruces de las torres de las viejas catedrales fueron arrojadas al montón con tan poco remordimiento como si la veneración de siglos, pasando en una larga fila por debajo de las elevadas torres, no las hubiera considerado como el más sagrado de los símbolos. Las pilas bautismales en las que los niños eran consagrados a Dios, los vasos sacramentales de los que la piedad recibía las sagradas pócimas, fueron entregados a la misma destrucción. Quizá lo que más llegó a conmover mi corazón fue ver, entre estas devotas reliquias, fragmentos de los humildes altares y púlpitos sin decoración que yo reconocí habían sido arrancados de las capillas de Nueva Inglaterra. A aquellos sencillos edificios se les debía haber permitido conservar todos los adornos sacros con que sus fundadores puritanos los habían dotado, incluso aunque la poderosa construcción de San Pedro hubiera enviado sus despojos al fuego de este terrible sacrificio. Así y todo sentí que éstas no eran sino las formas externas de la religión y que podían, con toda seguridad, no ser tenidas demasiado en cuenta por los espíritus que mejor conocían su profundo significado.

—Todo está bien —dije alegremente—. Los senderos del bosque serán las naves de nuestra catedral y el propio firmamento será su techado. ¿Quién necesita una bóveda terrenal entre la Deidad y sus adoradores? Nuestra fe puede muy bien permitirse el lujo de perder todo el ropaje con que incluso los hombres más santos la han rodeado, y ser así más sublime en su sencillez.

—Cierto —dijo mi compañero—. ¿Pero se detendrán aquí?

La duda que esta pregunta implicaba estaba bien fundada. En la destrucción general de libros antes descrita, un volumen sagrado que permanecía apartado del catálogo de la literatura humana y que a pesar de ello, en cierto sentido, se situaba a su cabeza, había sido perdonado. Pero el Titán de la innovación —ángel o demonio, doble en su naturaleza y capaz de acciones que convinieran a ambos caracteres— que al principio había sacudido únicamente las viejas y podridas formas de las cosas, había puesto ahora, según parecía, su terrible mano sobre los principales pilares que sustentaban el edificio entero de nuestro estado moral y espiritual. Los habitantes de la tierra habían llegado a ser demasiado ilustrados como para definir su fe dentro de los límites de las palabras o como para limitar lo espiritual mediante cualquier analogía con nuestra existencia material. Verdades ante las que los cielos temblaban no eran ya más que una fábula de la infancia del mundo. Por tanto, y como sacrificio final del error humano, ¿qué quedaba ya por arrojar a las brasas de aquella horrible

pira sino el libro que, aun tratándose de una revelación celestial de épocas pasadas, no era más que una voz procedente de un ámbito inferior en comparación con la actual raza del hombre? ¡Y así se hizo! Sobre el flameante montón de falsedades y de caducas verdades —cosas que la tierra nunca había necesitado o había dejado ya de necesitar o de las que se había cansado de forma infantil— cayó la impresionante Biblia de la iglesia, el gran viejo volumen que tanto tiempo había permanecido sobre el almohadón del púlpito y desde donde la voz solemne del pastor había pronunciado las sagradas palabras en tantas celebraciones dominicales. Y allí, de la misma forma cayó la Biblia familiar que el patriarca, enterrado tiempo ha, había leído a sus hijos —en la prosperidad o en el dolor, junto al fuego o bajo las sombras veraniegas de los árboles— y que luego legara como la joya familiar de las diversas generaciones. Allí cayó la Biblia íntima y personal, el pequeño volumen que había sido el amigo del alma de algún maltratado hijo del polvo, que de allí tomó valor, fuera su aflicción por la vida o por la muerte, confrontando ambas con resolución en la fuerte seguridad de la inmortalidad.

Y todas fueron arrojadas a las voraces y desenfrenadas llamas. Después, un poderoso viento llegó rugiendo por la llanura con un aullido desolado, como si fuera el airado lamento de la tierra por la pérdida del sol de los cielos. Y conmovió la gigantesca pirámide de llamas y desparramó las cenizas de aquellas medio consumidas abominaciones por encima de las cabezas de los espectadores.

—Esto es terrible —dije, sintiendo palidecer mis mejillas y notando un cambio similar en los rostros de los de alrededor.

—Tenga valor todavía —contestó el hombre con el que había hablado yo a menudo. Y continuó mirando fijamente el espectáculo con singular calma, como si a él le concerniera meramente como observador—. Tenga valor, no se alegre demasiado todavía. Porque hay muchísimo menos, tanto de bueno como de malo, en los efectos de esta hoguera, que lo que el mundo pudiera estar dispuesto a creer.

—¿Cómo puede ser eso? —exclamé impaciente—. ¿No lo ha consumido todo ya? ¿No se ha tragado o no ha derretido todas y cada una de las pertenencias humanas o divinas de nuestro estado mortal que tenían la suficiente sustancia como para que el fuego obrase sobre ellas? ¿Nos quedará algo mañana por la mañana mejor o peor que un montón de tizones y cenizas?

—Con toda seguridad que sí —dijo mi grave amigo—. Venga aquí mañana por la mañana o en cuanto la parte combustible de la pira se haya quemado del todo y encontrará entre las cenizas todo lo realmente valioso que ha visto usted arrojar a las llamas. Confíe en mí. El mundo de mañana se enriquecerá de nuevo con el oro y los

diamantes que han sido desechados por el mundo de hoy. Ni una sola verdad se destruye o se entierra tan profundamente entre las cenizas: al final será recogida.

Era ésta una extraña seguridad. A pesar de todo me sentí inclinado a darle crédito, más en especial cuando advertí entre las ondulantes llamas un ejemplar de las Sagradas Escrituras cuyas páginas, en lugar de haberse ennegrecido como la yesca, asumían singularmente una blancura mucho más deslumbrante al haberse purificado las marcas de los dedos de la humana imperfección. Ciertas notas marginales y comentarios, es cierto, se rindieron ante la intensidad de la ardiente prueba, pero sin detrimento de la más mínima sílaba que hubiera sido inflamada por la pluma de la inspiración.

—Sí, ahí está la prueba de lo que usted dice —contesté, volviéndome hacia el observador—. Pero si sólo lo que es malo puede sentir la acción del fuego, entonces, con toda seguridad, el incendio ha sido de inestimable utilidad. Sin embargo, si he entendido bien, usted insinuó una duda acerca de si las expectativas del mundo en obtener provecho se verían así realizadas.

—Escuche la conversación de esos individuos —dijo, señalando a un grupo situado frente a la llameante pira—. Posiblemente le enseñen algo útil sin pretenderlo.

Las personas a las que había señalado componían un grupo formado por aquella figura brutal y grosera que había salido tan furiosamente en defensa de la horca —el verdugo, en una palabra—, al que acompañaban el último ladrón junto al último asesino. Y los tres se habían apiñado alrededor del último borrachín. Este individuo estaba pasando con liberalidad de uno a otro la botella de coñac que había rescatado de la destrucción general de vinos y licores. El pequeño grupo de convidados parecía encontrarse en el nivel más bajo del decaimiento al considerar que el mundo purificado tendría que ser totalmente diferente del que habían conocido en su esfera hasta entonces y, por tanto, un extraño y desolado habitáculo para caballeros de su especie.

—El mejor consejo para todos nosotros es —comentó el verdugo— que, tan pronto como hayamos acabado con la última gota de licor, os ayude, mis tres amigos, a conseguir un cómodo fin sobre el árbol más próximo y luego me cuelgue yo de la misma rama. Éste va no es un mundo para nosotros.

—¡Bah, bah, mis buenos amigos! —dijo un personaje de tez oscura que se unía ahora al grupo. Su tez era de veras pavorosamente oscura y sus ojos se encendían con una luz más roja que la de la hoguera—. No estéis tan abatidos, mis queridos amigos. Todavía veréis buenos días. Hay una cosa que estos sabihondos han olvidado echar al fuego y sin la cual todo el resto de la conflagración se queda en

nada. Sí, aunque hubieran convertido la propia tierra en ceniza.

—¿Y qué puede ser eso? —preguntó con avidez el último asesino.

—¡Qué otra cosa sino el propio corazón humano! —dijo el oscuro desconocido con una portentosa mueca—. Y a menos que den con algún método de purificar esa inmunda caverna, de ella volverán a salir todas las del error y de la miseria —las mismas viejas formas u otras peores— que tanto trabajo les ha llevado reducir a cenizas. He estado aquí toda esta larga noche y me he reído para mis adentros ante todo este jaleo. ¡Oh, hacedme caso: será todavía el viejo mundo!

Esta breve conversación me proporcionó un tema de dilatada meditación. ¡Qué verdad tan triste, si verdad era, que el eterno afán del hombre por la perfección hubiera servido sólo para convertirle en el hazmerreír del principio del mal, partiendo de la circunstancia fatal de un error en la mismísima raíz del asunto! El corazón, el corazón: ahí estaba la pequeña y sin embargo ilimitada esfera en la que residía el error original de que el crimen y la miseria de este mundo exterior eran únicamente símbolos. Purificad esa esfera interior y las diferentes formas del mal que acosan a la exterior, y que ahora aparecen casi como nuestras únicas realidades, se convertirán en imaginarios fantasmas y se desvanecerán por su propio acuerdo. Pero si no ahondamos más allá del intelecto y luchamos únicamente con este débil instrumento para discernir y rectificar lo que está mal, todos nuestros logros serán un sueño tan insustancial que poco importa si la hoguera, que tan fielmente he descrito, haya sido lo que decidimos llamar un acontecimiento real y una llama capaz de chamuscar un dedo o solamente una radiación fosfórica y una parábola de mi propio cerebro.

La catástrofe del señor Higginbotham

Un hombre joven, de profesión vendedor ambulante de tabaco, se dirigía desde Morristown, en donde se había entretenido en amplios tratos con el diácono de la comunidad shákera^[11], hacia el pueblo de Parker's Falls, junto al río Salmon. Tenía una pequeña y pulcra carreta, pintada de verde, con una caja de cigarros dibujada en cada cartola y, en la parte posterior, un jefe indio sujetando una pipa y una planta de tabaco.

El vendedor conducía una preciosa yegüita y era un joven de excelente carácter, atento a cualquier trato, pero que no por eso dejaba de gustar a los yankis; quienes, según les he oído yo decir, preferirían que les afeitasen con una navaja afilada que con una roma. Y era especialmente querido por las lindas muchachas de la ribera del Connecticut, cuyo favor solía solicitar mediante regalos del mejor de los tabacos que llevaba; pues sabía bien que las mozas campesinas de Nueva Inglaterra son, por lo general, magníficas fumadoras de pipa. Además, como se verá en el transcurso de mi historia, el vendedor era de carácter preguntón y tenía algo de chismoso, siempre rabiando por oír las noticias y deseando contarlas de nuevo.

Después de desayunar temprano en Morristown, el vendedor de tabaco, cuyo nombre era Dominicus Pike, había recorrido siete millas a través de un solitario bosque sin hablar una sola palabra con nadie, a no ser consigo mismo y con su pequeña yegua gris. Y como ya eran casi las siete, estaba tan impaciente por tener un pequeño cotilleo mañanero como un tendero de la ciudad por leer el periódico matutino. Y parecía que se le iba a presentar la oportunidad cuando, tras encender un cigarro con una lupa, levantó la cabeza y advirtió la llegada de un hombre sobre la cima de la colina a cuyo pie el buhonero había detenido su carreta verde. Dominicus le observó mientras descendía y se dio cuenta de que llevaba un hato sobre el hombro, al extremo de un palo, y que viajaba con un andar pesado aunque resuelto. Su aspecto no era el del que había comenzado con el frescor de la mañana, sino el de alguien que había caminado toda la noche y que tenía la intención de seguir así todo el día.

—Buenos días, señor —dijo Dominicus cuando lo tuvo a una distancia en que ya podía oírle—. Lleva usted un buen paso. ¿Qué noticias frescas tenemos de Parker's Falls?

El hombre se puso el ancha ala de su sombrero gris sobre los ojos y contestó, más bien precipitadamente, que él no venía de Parker's Falls, población que, al ser el límite de su propia jornada, el buhonero había mencionado de modo instintivo en su

pregunta.

—Bueno, pues —prosiguió Dominicus Pike— veamos las últimas noticias de donde viene usted. No tengo ningún interés especial por Parker's Falls. Cualquier sitio vale.

Al verse importunado de esta forma, el viajero —que era un tipo de un aspecto tan malo como el que a uno no le encantaría encontrarse en un bosque solitario— parecía que dudaba un poco, como si estuviera registrando su memoria en busca de noticias o sopesando la conveniencia de contarlas. Por fin, subiéndose al estribo de la carreta, cuchicheó al oído de Dominicus, aunque podía haber gritado sin que ningún otro mortal le hubiera oído:

—Recuerdo una pequeña noticia sin importancia —dijo—, el viejo señor Higginbotham, de Kimballton, fue asesinado en su huerto anoche, a las ocho, por un irlandés y un negro. Le colgaron de la rama de un peral de San Miguel donde nadie le pudiera encontrar hasta el día siguiente.

Nada más comunicar esta horrible información, el desconocido se dispuso a proseguir su camino a mayor velocidad que nunca, sin ni siquiera volver la cabeza cuando Dominicus le invitó a fumar un cigarro español y a relatar todos los pormenores. El vendedor ambulante silbó a su yegua y siguió colina arriba reflexionando sobre el triste destino del señor Higginbotham, a quien había conocido en el campo de los negocios por haberle vendido más de un fajo de nueve largos y bastantes de los llamados colas de caballo, trenzas de dama y tabaco en rama. Estaba ciertamente atónito ante la rapidez con que la noticia se había propagado. Kimballton estaba a casi sesenta millas en línea recta; el asesinato había sido perpetrado sólo a las ocho de la noche anterior; y sin embargo Dominicus se había enterado a las siete de la mañana, cuando, con toda probabilidad, la familia del pobre señor Higginbotham no había hecho más que acabar de descubrir su cadáver colgando del peral de San Miguel. Aquel desconocido debería de llevar botas de siete leguas para viajar a pie a esa velocidad.

—Las malas noticias vuelan, se suele decir —pensó Dominicus Pike—; pero ésta deja atrás a los trenes. Ese tipo debería ser contratado para llevar en servicio urgente el mensaje presidencial.

La dificultad se solventó al suponer que el narrador había cometido un error de un día en la fecha del suceso. De esa forma nuestro amigo no dudó en introducir la historia en todas las tabernas y almacenes rurales del camino, agotando un fajo entero de enrollados españoles entre al menos veinte horrorizados auditorios. Se encontró con que él era invariablemente el primer portador de la información, y le

cargaron tanto con sus preguntas que no pudo evitar rellenar las líneas generales hasta que se convirtiera en una narración bastante respetable. Se topó con una evidencia corroborativa. El señor Higginbotham era comerciante. Y un antiguo empleado suyo, al que Dominicus relató los hechos, testificó que el anciano caballero acostumbraba regresar a casa atravesando el huerto hacia el anochecer con el dinero y los papeles de valor en su bolsillo. El empleado no manifestó una pena excesiva ante la catástrofe del señor Higginbotham, sugiriendo, lo que el vendedor ambulante había descubierto en sus propios tratos con él, que era un vejete desabrido, tan agarrado como un vicio. Sus propiedades irían a parar a una preciosa sobrina que daba clases en una escuela de Kimballton.

En parte por contar la noticia para el bien público y en parte por hacer buenos negocios para el suyo propio, Dominicus se había demorado tanto en su camino que optó por quedarse en una taberna a poco menos de cinco millas de Parker's Falls. Después de la cena, y encendiendo uno de sus mejores cigarros, se sentó en el salón del bar y comenzó la narración de la historia del asesinato, que había crecido tan rápidamente que le llevó media hora contarla. Había hasta un total de veinte personas en la sala, de las que diecinueve recibieron el relato entero como si del Evangelio se tratase. Pero el que hacía el número veinte era un granjero ya mayor que había llegado a caballo hacía poco y que ahora descansaba en un rincón fumando su pipa. Cuando la historia hubo concluido, se levantó pausadamente, colocó su silla justo enfrente de la de Dominicus y se le quedó mirando fijamente a la cara mientras echaba una bocanada del tabaco más vil que el vendedor había olido en toda su vida. —¿Podría usted dar testimonio —requirió él con el tono de un juez de paz que dirige un interrogatorio— de que el anciano caballero Higginbotham de Kimballton fue asesinado en su huerto anteanoche y que fue hallado colgando de su gran peral ayer por la mañana?

—Yo cuento la historia como la he oído, señor —contestó Dominicus, tirando su cigarro a medio consumir—; yo no digo que lo haya visto hacer. Así que no puedo jurar que fuera asesinado exactamente así.

—Pero yo sí que puedo jurar —dijo el granjero— que si el caballero Higginbotham fue asesinado anteanoche, yo me he tomado esta mañana una jarra de cerveza con su fantasma. Él es vecino mío y cuando pasaba por delante de su almacén me llamó y me dijo que entrara y me convidó y me encargó que le hiciera un pequeño favor en el camino. No parecía tener más noticias sobre su propia muerte que las que yo tenía.

—¡Vaya, pues entonces no puede ser cierto! —exclamó Dominicus Pike.

—Imagino que él lo hubiera mencionado de haber sido cierto —dijo el viejo

granjero; y volvió a llevar su silla al rincón donde se encontraba antes, dejando a Dominicus bastante apesadumbrado.

¡Esto sí que era la triste resurrección del señor Higginbotham! El vendedor no tuvo ánimos para mezclarse ya más en la conversación pero se consoló con un vaso de ginebra con agua y se fue a la cama, donde, durante toda la noche soñó con un ahorcamiento en el peral de San Miguel. Para evitar al viejo granjero (a quien detestaba tanto que su ahorcamiento le hubiera complacido más que el del señor Higginbotham) Dominicus se levantó entre dos luces, metió la pequeña yegua entre los varales del carro verde e inició un trote ligero hacia Parker's Falls. La fresca brisa, el rocío del camino y el agradable amanecer veraniego reavivaron su ánimo y le podían haber animado a repetir la vieja historia de haber habido alguien despierto para oírla. Pero no encontró ni pareja de bueyes ni calesa ligera ni jinete ni caminante hasta que, justo al cruzar el río Salmon, un hombre bajaba hacia el puente con paso cansino y un hato sobre el hombro al extremo de un palo.

—Buenos días, señor —dijo el buhonero, sujetando las riendas de la yegua—. Si viene usted de Kimballton o de esa vecindad, quizá pueda contarme los hechos reales sobre ese asunto del viejo señor Higginbotham. ¿Fue realmente asesinado el viejo hace dos o tres noches por un irlandés y un negro?

Dominicus había hablado con demasiada celeridad para observar, al principio, que el desconocido aquel tenía un profundo tinte de sangre negra. Al oír esta súbita pregunta, el etíope pareció cambiar de piel, su color amarillo se transformó en un blanco cadavérico, mientras que, temblando y tartamudeando, replicó así:

—¡No, no! No había ningún hombre de color. Fue un irlandés el que le ahorcó anoche a las ocho. ¡Yo me marché a las siete! Sus familiares no han podido buscarle en el huerto todavía.

No había terminado aún de hablar el hombre amarillo cuando se interrumpió y, aunque momentos antes parecía bastante cansado, prosiguió su camino a un paso que no le hubiera tenido ninguna envidia al trote ligero de la yegua del vendedor. Dominicus partió tras él con gran perplejidad. Si el asesinato no había sido cometido hasta el martes por la noche, ¿quién era el profeta que lo había predicho, con todos sus detalles, el martes por la mañana? Si el cadáver del señor Higginbotham no había sido descubierto todavía por su propia familia, ¿cómo había llegado a saber el mulato a más de treinta millas de distancia, que estaba colgado en el huerto y, concretamente, si había salido de Kimballton antes de que el desgraciado fuera ahorcado? Estas ambiguas circunstancias, unidas a la sorpresa y el terror del extraño, hicieron a Dominicus pensar en la conveniencia de dar la voz de alarma contra él

como cómplice del asesinato; puesto que, al parecer, realmente se había cometido un asesinato.

—Pero que se vaya el pobre diablo —pensó el buhonero—. No quiero tener su sangre negra sobre mi cabeza. Y el hecho de colgar al negro no va a descolgar al señor Higginbotham. ¡Descolgar al anciano caballero! Es un pecado, ya lo sé pero ¡no me gustaría hacerle volver a la vida por segunda vez y quedar por mentiroso!

Sumido en estas meditaciones, Dominicus Pike se metió de lleno en la calle de Parker's Falls que, como todo el mundo sabe, es un pueblo tan próspero como puede serlo cualquiera que tenga tres fabricas de algodón y un taller de clavos. La maquinaria no se había puesto en movimiento y sólo unas pocas tiendas habían quitado las barras de sus puertas cuando desmontó en el patio del establo de la taberna y determinó que su primer asunto fuera pedir cuatro cuartillos de avena para la yegua. Su segundo deber, por supuesto, fue comunicar la catástrofe del señor Higginbotham al mozo de paja y cebada. Juzgó, sin embargo, aconsejable no ser tan concluyente en cuanto a la fecha del horrible suceso y también ser impreciso sobre si fue perpetrado por un irlandés y un mulato o por el hijo de Erin en solitario. Y tampoco manifestó que lo relataba por su propia autoridad y licencia o la de cualquier otra persona, sino que lo mencionó como una noticia generalmente difundida.

La historia se propagó por el pueblo como un incendio se propaga de árbol en árbol y llegó a estar en boca de tantos que nadie pudo decir ya dónde se había originado. El señor Higginbotham era tan conocido en Parker's Falls como cualquier ciudadano del lugar, pues era copropietario del taller de clavos e importante accionista de las fábricas de algodón. Los vecinos sentían su propia prosperidad interesada en la suerte del muerto. Tal era la excitación que la gaceta de Parker's Falls adelantó su día normal de publicación y salió con medio formato de papel en blanco y una columna de doble cíceros enfatizado con mayúsculas y con el título ¡ESPANTOSO ASESINATO DEL SEÑOR HIGGINBOTHAM! Entre otros horribles detalles, el relato impreso describía la marca de la soga alrededor del cuello del muerto e indicaba la cantidad de miles de dólares que le habían sido robados. Había también un gran patetismo sobre la aflicción de su sobrina, que había ido pasando de un desmayo a otro desde el mismo instante en que su tío había sido encontrado colgando del peral de San Miguel con el forro de sus bolsillos hacia fuera. De igual forma, el poeta del pueblo conmemoró la aflicción de la joven en una balada de diecisiete estrofas. El concejo celebró una reunión y, en consideración al ascendiente del señor Higginbotham sobre el pueblo, resolvió emitir octavillas ofreciendo una

recompensa de quinientos dólares por la captura de sus asesinos y la recuperación de los efectos robados.

Mientras tanto, toda la población de Parker's Falls, integrada por tenderos, dueñas de pensiones, chicas de fábrica, obreros y escolares, se lanzó a la calle y mantuvo una locuacidad tan terrible que compensaba con creces el silencio de las máquinas algodoneras, reprimidas de su acostumbrado estrépito por respeto al difunto. Si el señor Higginbotham se hubiera preocupado por su póstumo renombre, su prematuro espíritu se habría sentido exultante con este tumulto. Nuestro amigo Dominicus, en la vanidad de su corazón, olvidó sus proyectadas precauciones y, subiéndose a la bomba del agua del pueblo, se anunció como el portador de la auténtica noticia que había producido sensación tan maravillosa. Inmediatamente se convirtió en el gran hombre del momento. Y no había hecho más que empezar una nueva edición de su relato, con una voz como la de un predicador del campo, cuando hizo su entrada la diligencia del correo por la calle del pueblo. Había estado viajando toda la noche y había tenido que cambiar los caballos en Kimballton a las tres de la mañana.

—Ahora nos enteraremos de todos los detalles —gritó la multitud.

El carruaje retumbó en la plazoleta de la taberna seguido por un millar de personas; porque si alguien había estado ocupándose de sus propios asuntos hasta ese momento, ahora los había dejado al garete para enterarse de las noticias. El buhonero, a la cabeza del grupo, descubrió a dos pasajeros que, con cara de susto, tras haber sido despertados de una plácida siesta, se encontraron en el centro de la multitud. Todo el mundo les acometía con diferentes preguntas, todas expuestas al mismo tiempo y la pareja se había quedado sin habla a pesar de que el uno era abogado y la otra una joven dama.

—¡El señor Higginbotham, el señor Higginbotham! ¡Cuéntennos todos los detalles sobre el anciano señor Higginbotham! —se desgañitaba la muchedumbre—. ¿Cuál es el veredicto del forense? ¿Han cogido a los asesinos? ¿Se ha recuperado de sus desmayos la sobrina del señor Higginbotham? ¡El señor Higginbotham, el señor Higginbotham!

El cochero no dijo una sola palabra, a no ser para dedicar unos horribles juramentos al posadero por no traerle un tiro de caballos de fresco. El abogado, que permanecía dentro, solía por lo general conservar su presencia de ánimo, incluso estando dormido. Y lo primero que hizo, tras enterarse de la causa de la conmoción, fue sacar una voluminosa cartera roja. Mientras tanto Dominicus Pike, que era un joven en extremo cortés, y que sospechaba también que una lengua femenina podía contar la historia de forma tan locuaz como la de un abogado, había conducido a la

dama fuera del coche. Se trataba de una muchacha hermosa y elegante, completamente despierta ya y radiante como una flor, con una boca tan dulce y bonita que Dominicus tan de buen grado hubiera escuchado de ella una historia de amor como una historia de muerte.

—Damas y caballeros —dijo el abogado a los tenderos, a los obreros y a las chicas de las fábricas—. Puedo asegurarles que algún inexplicable error o, más probablemente, una falsedad intencionada, urdida malévolamente para lesionar el buen nombre del señor Higginbotham, ha sido la que ha provocado este singular tumulto. Nosotros pasamos por Kimballton a las tres de la mañana y es totalmente seguro que hubiéramos sido informados del asesinato en el caso de que se hubiera cometido alguno. Pero yo tengo pruebas, casi tan sólidas como el propio testimonio oral del señor Higginbotham, en sentido contrario. Aquí tengo, un documento en relación con un pleito suyo en los juzgados de Connecticut que me fue entregado por aquel caballero en persona. Y declaro que está fechado a las diez en punto de anoche. Y diciendo esto, el abogado exhibió la fecha y la firma de la nota que incontestablemente probaba, bien que este perverso señor Higginbotham estaba vivo cuando lo escribió o bien, como algunos consideraban que era el caso más probable de entre los dos dudosos, que se encontrara tan absorto en los negocios de este mundo hasta el punto de continuar con sus transacciones incluso después de muerto. Pero pruebas inesperadas estaban a punto de aparecer. La joven dama, tras escuchar la explicación del buhonero, se tomó un instante para alisarse el vestido y poner sus rizos en orden e hizo su aparición en la puerta de la taberna, haciendo una modesta señal para ser oída.

—Buena gente —dijo—, yo soy la sobrina del señor Higginbotham.

Un murmullo de admiración atravesó la muchedumbre al verla tan sonrosada y radiante. La misma infeliz sobrina a la que habían imaginado, siguiendo la autoridad de la gaceta de Parker's Falls, postrada en su desmayo a las puertas de la muerte. Pero algunos tipos astutos habían dudado todo el tiempo de que una señorita estuviera tan desesperada ante el ahorcamiento de un tío rico y viejo.

—Ya veis —continuó la señorita Higginbotham con una sonrisa— que esta extraña historia es totalmente infundada en lo que a mi persona respecta. Y creo y puedo afirmar que lo es igualmente respecto a mi querido tío Higginbotham. Él tiene la amabilidad de darme un hogar en su casa, aunque yo contribuyo a mi propio sustento enseñando en una escuela. Salí de Kimballton esta mañana para pasar las vacaciones de esta semana de fin de curso con una amiga, a unas cinco millas de Parker's Falls. Mi generoso tío, cuando me oyó bajar las escaleras, me llamó junto a su lecho y me

dio dos dólares y cincuenta centavos para pagar mi billete y otro dólar para mis gastos suplementarios. Después colocó su portamonedas bajo la almohada, me dio la mano y me recomendó que pusiera un poco de bizcocho en mi maleta para que no tuviera que bajarme a desayunar en el trayecto. Estoy, por tanto, segura de que dejé a mi querido pariente vivo y confío en que así le encontraré a mi regreso.

La joven hizo una reverencia al terminar su discurso, que había sido tan prudente y tan bien formulado, y pronunciado con tal gracia y decoro que todo el mundo la creyó idónea para ser preceptora de la mejor academia del estado. Pero un extraño podría haber supuesto que el señor Higginbotham era objeto de aborrecimiento en Parker's Falls y que se había promulgado una acción de gracias por su asesinato: tan excesiva fue la ira de la población al conocer su error. Los obreros decidieron otorgar honores públicos a Dominicus Pike, con la sola duda de si debían embrearlo y emplumarlo, montarle sobre un raíl o refrescarle con una ablución en la bomba del pueblo sobre la que él se había encaramado para proclamarse portador de la noticia. Los concejales, por recomendación del abogado, hablaron de procesarle por un delito de propalación de informes infundados para gran perturbación de la paz de la comunidad. Nada salvaba a Dominicus de la ley de Lynch o de una corte de justicia de no haberse producido una elocuente apelación que la joven hizo en su favor. Dirigiendo unas palabras de sincero agradecimiento a su benefactora, montó en su verde carreta y salió del pueblo bajo una descarga de artillería con que le obsequiaron los chicos de la escuela, que encontraron abundante munición en los barrizales y ciénagas cercanos. Al volver la cabeza para intercambiar una mirada de despedida con la sobrina del señor Higginbotham, una bola, de la consistencia de unas gachas de maíz, le atinó directamente en la boca, dándole un aspecto de lo más malcarado. Toda su persona estaba tan salpicada de semejantes inmundos proyectiles que casi le entraron ganas de dar media vuelta y suplicar que le proporcionaran la ablución en la bomba del pueblo con que antes le habían amenazado, pues aunque no hubiera sido motivada por motivos benevolentes, ahora hubiera resultado un acto de caridad.

No obstante, el sol resplandecía radiante sobre el pobre Dominicus, y el barro, símbolo de toda mácula de inmerecido oprobio, se desprendió fácilmente una vez seco. Siendo como era un pícaro divertido, su corazón pronto se alegró y no pudo reprimir una alegre carcajada ante el alboroto que su historia había producido. Las octavillas editadas por los concejales producirían el encarcelamiento de todos los vagabundos del estado; el suelto de la gaceta de Parker's Falls se reimprimiría desde Maine a Florida y, quizá, formaría parte de la información de los periódicos de

Londres; y muchos avaros temblarían por sus bolsas y sus vidas al conocer la catástrofe del señor Higginbotham. El buhonero meditó con mucho fervor sobre los encantos de la joven maestra de escuela y juró que Daniel Webster^[12] nunca habló ni se pareció tanto a un ángel como la señorita Higginbotham mientras le defendía del encolerizado populacho de Parker's Falls.

Dominicus se encontró ahora en el camino de Kimballton, totalmente resuelto a visitar aquel lugar, aunque los negocios le hubieran desviado del camino más directo desde Morristown. Mientras se aproximaba al escenario del supuesto crimen, continuó dando vueltas a las circunstancias en su cabeza y se sintió perplejo ante el aspecto que asumía todo el caso. De no haber ocurrido nada para corroborar la historia del primer viajero, podría considerarse ahora todo como una burla. Pero aquel hombre amarillo estaba evidentemente enterado, bien de la noticia o bien del hecho en sí. Y había un cierto misterio en su aspecto desmayado y culpable al ser interrogado de improviso. Y cuando a esta singular combinación de incidentes se añadía que el rumor concordaba exactamente con el carácter y hábitos de vida del señor Higginbotham; y que tenía un huerto y un peral de San Miguel, cerca del que pasaba siempre a la caída de la tarde, la evidencia circunstancial parecía tan sólida que Dominicus dudó si el autógrafo mostrado por el abogado o, incluso, el testimonio directo de la sobrina debían de ser equivalentes. Realizando cautas averiguaciones a lo largo del camino el buhonero llegó a saber que el señor Higginbotham tenía a su servicio a un irlandés de dudoso carácter a quien había contratado sin recomendación por motivos de economía.

—¡Que me cuelguen —exclamó Dominicus Pike en voz alta al llegar a la cima de una solitaria colina— si me voy a creer que el señor Higginbotham no ha sido colgado hasta que le vea con mis propios ojos y lo oiga de su propia boca! Y como sea un auténtico estafador, haré que el vicario o algún otro hombre responsable me respalde. Se estaba haciendo ya de noche cuando llegó a la casa de portazgo del camino de Kimballton, a un cuarto de milla más o menos de la población. Su pequeña yegua le acercaba de prisa a un hombre a caballo que trotaba pasando la barrera a poca distancia delante de él, que saludó con una inclinación de cabeza al peajero y siguió hacia el pueblo. Dominicus conocía al hombre del peaje y, mientras recibía las vueltas del dinero, intercambió con él los clásicos comentarios sobre el estado del tiempo.

—Supongo —dijo el buhonero recogiendo el látigo para colocarlo como una pluma sobre el flanco de la yegua— que no habrá visto usted al viejo señor Higginbotham desde hace un día o dos.

—Sí —contestó el peajero—. Cruzó la barrera justo cuando usted entraba y ahora cabalga por delante, si puede verle a través de la penumbra. Ha ido a Woodfield esta tarde para acudir a un asunto del sheriff de allí. El viejo generalmente me da la mano y charla un rato conmigo, pero esta noche me ha saludado con la cabeza como diciendo: «Cárgalo en mi cuenta», y ha seguido al trote. Porque, vaya donde vaya, siempre tiene que estar en casa para las ocho.

—Sí, así me han dicho —dijo Dominicus.

—Nunca he visto a un hombre con un aspecto tan amarillo y tan delgado como el de ese caballero —prosiguió el peajero—. Y yo me digo que esta noche se parece más a un fantasma o a una vieja momia que a un auténtico hombre de carne y hueso.

El vendedor de tabaco forzó los ojos para ver a través del crepúsculo y casi no pudo distinguir al jinete, que caminaba ya a buena distancia camino de la aldea. Creyó reconocer al señor Higginbotham por la espalda, pero a través de las sombras de la tarde y en medio del polvo producido por los cascos del caballo, la figura aparecía borrosa e insustancial, como si la silueta del misterioso anciano estuviera tenuemente modelada de oscuridad y luz grisácea. Dominicus se estremeció.

—El señor Higginbotham ha vuelto del otro mundo por el camino de Kimballton —pensó.

Sacudió las riendas y continuó su camino, manteniendo, dentro de lo posible, la misma distancia detrás de la vieja sombra gris hasta que ésta quedó oculta tras una curva del camino. Al llegar a este punto, el buhonero ya no pudo ver al hombre del caballo, pero se encontró a la entrada de la calle de la aldea, no lejos de unas cuantas tiendas y de un par de tabernas apiñadas alrededor de la torre de la iglesia. A su izquierda había una pared de piedra y una verja, frontera de un bosquecillo tras el que se extendía un huerto y, más allá todavía, un prado y, al final de todo, una casa. Éstas eran las posesiones del señor Higginbotham, cuya vivienda se alzaba junto al viejo camino, pero que había quedado al fondo al construirse la nueva ruta de Kimballton. Dominicus conocía el lugar y la pequeña yegua se detuvo de repente, por instinto. Tampoco él era consciente de haber tirado de las riendas.

—Por mi alma, que no me puedo quedar aquí, delante de esta verja —dijo temblando—. Nunca podré ser yo mismo otra vez si no veo al señor Higginbotham colgando del peral de San Miguel.

Saltó del carro, dio una vuelta a las riendas alrededor del poste de la entrada y corrió por el verde sendero del bosquecillo como si le persiguiera el mismísimo diablo. En ese momento en el reloj de la aldea sonaron las ocho y con cada una de sus graves campanadas Dominicus daba un nuevo brinco y volaba más veloz si cabe que antes.

Hasta que, borroso en el centro solitario del huerto, vio el funesto peral. Una inmensa rama partía del contorsionado y viejo tronco extendiéndose hasta el sendero y proyectaba la más oscura de las sombras sobre aquel lugar. ¡Pero algo parecía debatirse bajo aquella rama!

El buhonero nunca había pretendido tener más valor que el que corresponde a un hombre de pacíficas ocupaciones, ni tampoco podía responder de su ánimo en tan horrible emergencia. Lo cierto es que, sin embargo, avanzó con ímpetu, abatió a un vigoroso irlandés con el mango de su látigo y se encontró —no precisamente colgando del peral de San Miguel, sino temblando debajo de él, con una soga alrededor del cuello— ¡al viejo y auténtico señor Higginbotham!

—Señor Higginbotham —dijo Dominicus trémulamente—. Usted es un hombre honrado y por eso confiaré en su palabra. ¿Le han ahorcado a usted o no?

Si el enigma no ha sido aún resuelto, unas pocas palabras bastarán para explicar el sencillo mecanismo por el que se consiguió que este «futuro acontecimiento» proyectara su sombra «por delante». Tres hombres habían planeado el robo y asesinato del señor Higginbotham. A dos de ellos, sucesivamente, les había faltado valor y huyeron, retrasando el crimen cada uno una noche mediante su desaparición. Y el tercero se encontraba en el momento de la perpetración cuando un paladín, obedeciendo ciegamente la llamada del destino, como los héroes de los antiguos romances, se presentó encarnado en la persona de Dominicus Pike.

Sólo queda ya decir que el señor Higginbotham acogió al buhonero bajo su alto patrocinio, sancionó favorablemente sus galanteos amorosos hacia la bonita maestra y puso todas sus propiedades a nombre de los hijos de ambos, concediéndoles a ellos los intereses. A su debido tiempo el anciano coronó la cima de sus favores, entregándose a una cristiana muerte, en la cama. Desde este melancólico acontecimiento Dominicus Pike se ha marchado de Kimballton y ha establecido una gran fabrica de tabaco en mi pueblo natal.

El velo negro del pastor

(Parábola)^[13]

Por el autor de

«Vistas desde un campanario»

El sacristán se encontraba en el porche de la capilla de Milford, tirando vigorosamente de la cuerda de la campana. Los viejos del pueblo venían encorvados por la calle abajo. Los niños, con sus caras resplandecientes, saltaban y jugueteaban alegremente detrás de sus padres o remedaban un paso más solemne que el de sus mayores, con la consciente dignidad que les daban sus ropas de domingo. Los peripuestos solteros miraban de soslayo a las bonitas doncellas y se imaginaban que el sol dominical las hacía parecer más bellas que los días de labor.

Cuando ya casi todo el gentío había llegado a congregarse en el porche, el sacristán empezó a tañer la campana con un ojo puesto en la puerta del reverendo Sr. Hooper. La primera visión de la figura del clérigo fue la señal para que la campana cesase en su convocatoria.

—Pero ¿qué lleva el bueno del párroco Hooper en la cara? —gritó atónito el sacristán.

Todos los que se hallaban al alcance de su voz se volvieron de inmediato y contemplaron el semblante del Sr. Hooper que recorría despacio su meditativo camino hacia la capilla. Como en un solo acorde, todos empezaron a expresar una extrañeza como si cualquier vicario desconocido hubiera venido a desempolvar los cojines del púlpito del señor Hooper.

—¿Está usted seguro de que es nuestro párroco? —quiso Goodman Gray informarse con el sacristán.

—Totalmente seguro de que es el bueno del señor Hooper —replicó el sacristán—. Iba a haberle cambiado el púlpito al párroco Shute, de Westbury, pero el párroco Shute mandó recado ayer, excusándose, porque tenía que predicar en un funeral.

La causa de tanta extrañeza podría parecer hartamente ligera. El Sr. Hooper, persona de porte caballeroso, de unos treinta años de edad, aunque todavía soltero, iba vestido con la debida pulcritud clerical, como si una solícita esposa hubiera almidonado su alzacuello y cepillado el polvo semanal de sus ropajes dominicales. No había más que una cosa singular en su apariencia: ceñido alrededor de su frente y colgando por delante de la cara, tan bajo que se movía con su aliento, el Sr. Hooper llevaba puesto un velo negro. Si uno se acercaba para verlo mejor, parecía que estaba formado por

dos pliegues de crespón que ocultaban sus rasgos por completo, a excepción de la boca y la barbilla, pero que, probablemente, no interceptaban su visión más que para dar un aspecto sombrío a todas las cosas vivientes e inanimadas. Con esta lóbrega sombra delante, el bueno del Sr. Hooper continuó su camino con un paso lento y sosegado, un poco encorvado, mirando hacia el suelo, como suele ser la costumbre de los hombres abstraídos, y sin embargo saludando con amables inclinaciones de cabeza a aquellos de entre sus feligreses que todavía esperaban en los escalones de la capilla. Pero tan asombrados se encontraban todos que el saludo del párroco apenas encontró respuesta.

—No puedo creer que la cara del bueno del señor Hooper estuviera detrás de ese trozo de crespón —dijo el sacristán.

—A mí no me gusta —exclamó una vieja entre dientes mientras entraba renqueando en la capilla—. Se ha convertido en algo horrible al ocultar la cara.

—Nuestro párroco se ha vuelto loco —gritaba Goodman Cray siguiéndole mientras atravesaba el umbral.

Un rumor de que allí debía ocurrir algún fenómeno inexplicable había precedido al señor Hooper en la capilla y había revuelto a toda la congregación. Pocos podían reprimirse de volver la cabeza hacia la puerta. Muchos estaban en pie, derechos, y se volvieron a mirar directamente. Y, a la vez, varios niños pequeños se encaramaron en los bancos y volvieron a bajarse en medio de un terrible estrépito. Había un alboroto general, un frufú de los vestidos de las mujeres acompañando al ruido producido por los pies de los hombres al rozar en el suelo: una gran diferencia con aquel silencioso reposo que debía acompañar la entrada del ministro. Pero el Sr. Hooper parecía no darse cuenta de la perturbación de su gente. Entró con un paso casi inaudible, inclinó su cabeza suavemente a los bancos de ambos lados e hizo una reverencia al pasar junto a su feligrés más viejo, un bisabuelo de pelo blanco que ocupaba una butaca en el centro del pasillo. Era curioso observar lo lentamente que este venerable hombre pudo darse cuenta de que había algo singular en la apariencia de su pastor. Parecía no compartir del todo el asombro general, hasta que el Sr. Hooper hubo ascendido los escalones y se mostró en el púlpito, cara a cara, si exceptuamos el velo negro, ante su congregación. Aquel misterioso emblema ya nunca sería retirado de su rostro. Se estremecía con la respiración medida del pastor al recitar el salmo; lanzaba su oscuridad entre el reverendo y la página sagrada mientras leía las Escrituras; y reposaba pesadamente sobre su rostro elevado cuando rezaba. ¿Intentaba esconderlo del terrible Ser a quien se dirigía?

Tal era el efecto de este simple trozo de crespón que más de una mujer de nervios

delicados se vio forzada a abandonar la reunión. No obstante, quizá la pálida congregación formara una visión casi tan espantosa para el vicario como el velo negro podía resultar para ellos.

El Sr. Hooper tenía ganada una merecida reputación como predicador, pero no la de ser un predicador enérgico: se esforzaba en conquistar a su pueblo para el cielo por medio de suaves influjos persuasivos, y no en conducirlo allí a través de los truenos de la Palabra. El sermón que ahora predicaba estaba marcado con las mismas características de estilo y forma que la serie general de sus piezas oratorias de costumbre. Pero había algo, bien en el sentimiento del propio discurso o bien en la imaginación de los oyentes, que lo convertía, con mucho, en el esfuerzo más intenso que habían oído en toda su vida de labios de su pastor. Estaba impregnado, de forma algo más misteriosa que lo normal, de la suave melancolía del temperamento del Sr. Hooper. El tema hacía referencia al pecado secreto y a esos tristes misterios que nosotros ocultamos a nuestros seres más cercanos y queridos y que de buena gana ocultaríamos a nuestra propia conciencia, olvidándonos incluso de que el Omnisciente puede detectarlos. Una energía sutil iba inflamando sus palabras. Todos los miembros de la congregación, la muchacha más inocente y el hombre de corazón más endurecido, sintieron como si el predicador se les hubiera ido acercando cautelosamente detrás de su horrible velo, y les hubiera descubierto la secreta iniquidad de pensamiento u obra que escondían. Muchos extendieron sobre su pecho las manos que tenían apretadas. Nada terrible había en lo que decía el Sr. Hooper. Al menos, no había violencia. Y, sin embargo, con cada estremecimiento en su voz melancólica, los oyentes temblaban. Un patetismo no buscado llegaba de la mano del temor. Tan consciente era el auditorio de que existía algún atributo insólito en su ministro que deseaba con toda su alma que un soplo de viento le retirara el velo a un lado, casi creyendo que podría descubrir así que el rostro era el de un extraño, si bien la forma, el gesto y la voz eran los del Sr. Hooper.

Al final de los servicios, el pueblo se apresuró a salir en indecorosa confusión, ansiosos todos de comunicar su reprimido asombro y conscientes de haberse quitado un peso de encima desde el momento en que habían perdido de vista el velo negro. Algunos se congregaron en círculos pequeños, acurrucados muy juntos, con todas las bocas murmurando en el centro. Otros se fueron hacia casa, solos, envueltos en silenciosa meditación. Algunos hablaban en voz alta y profanaban el Día del Señor con ostentosas carcajadas. Unos pocos movían sus sagaces cabezas, insinuando que eran capaces de penetrar en el misterio. Y uno o dos afirmaban que no había ningún misterio en absoluto, que lo único que sucedía era que los ojos del Sr. Hooper se

hallaban tan delicados por la lámpara nocturna que necesitaban una sombra. Después de un breve intervalo, allí llegó también el bueno del señor Hooper a la zaga de su rebaño. Volviendo su velado rostro de un grupo a otro, rindió la debida reverencia a las blancas cabezas; presentó sus respetos a los de mediana edad con la amable dignidad del amigo y guía espiritual; saludó a los jóvenes con una mezcla de autoridad y amor; y puso sus manos sobre las cabezas de los más pequeños para bendecirles. Ésa era siempre su costumbre los días de fiesta. Extrañas y desconcertadas miradas recibió él en respuesta a su cortesía. Nadie, como en otras ocasiones, aspiraba al honor de caminar al lado de su pastor. El viejo hacendado Saunders, sin duda por un accidental lapso de memoria, se descuidó en invitar al Sr. Hooper a su mesa, donde el buen clérigo había tenido por costumbre bendecir los alimentos, casi cada domingo, desde su llegada al pueblo. Regresó, por tanto, a la rectoría y, en el momento de cerrar la puerta, se le vio volverse a mirar a la gente, que tenía los ojos fijos en el ministro. Una triste sonrisa asomó débilmente por detrás del velo negro y vaciló en su boca, insinuándose trémula mientras él desaparecía.

—¡Qué extraño —dijo una señora— que un simple velo negro, como el que cualquier mujer puede llevar en su sombrero, resulte una cosa tan terrible en la cara del señor Hooper!

—Algo seguramente debe andar mal con el intelecto del Sr. Hooper —observó su marido, el médico del pueblo—. Pero la parte más extraña del asunto es el efecto de su extravagancia, incluso sobre un hombre tan sensato como yo. El velo negro, aunque sólo cubre la cara de nuestro pastor, proyecta su influencia sobre toda su persona y le da un aire fantasmal desde la cabeza hasta los pies. ¿No te produce esa sensación?

—Verdaderamente —contestó la dama—; y yo no me quedaría a solas con él por nada del mundo. ¡Me pregunto si no tendrá miedo de quedarse a solas consigo mismo!

—Los hombres a veces son así —dijo el marido.

El servicio de la tarde tuvo lugar en circunstancias similares. A su final, la campana dobló llamando al funeral de una joven. Los familiares y amigos se encontraban reunidos en la casa y los conocidos más distantes estaban de pie, junto a la puerta, hablando de las buenas cualidades de la difunta, cuando su charla se vio interrumpida por la aparición del Sr. Hooper, cubierto aún con su velo negro. Era ahora un símbolo apropiado. El clérigo entró en la habitación donde reposaba el cadáver y se inclinó sobre el ataúd para despedirse por última vez de su feligresa

difunta. Al bajar la cabeza, el velo quedó colgando verticalmente de su frente, de forma que, si los párpados de la doncella no hubieran estado cerrados para siempre, ella podría haberle visto la cara. ¿Era posible que el Sr. Hooper temiese su mirada hasta el punto de recoger apresuradamente el velo negro y acercárselo de nuevo al rostro? Una persona, que observó la entrevista entre la muerta y el vivo, no tuvo escrúpulos en afirmar que, en el instante en que las facciones del clérigo quedaron al descubierto, el cadáver se había estremecido ligeramente, oyéndose entonces un leve sonido producido por el roce del sudario y el tocado de muselina, aunque el rostro seguía manteniendo la compostura de la muerte. Una supersticiosa anciana era la única testigo del prodigio. Desde la cámara mortuoria el Sr. Hooper se dirigió a las habitaciones en las que se encontraban los deudos y desde allí a la parte superior de la escalera, para presidir la oración fúnebre.

Fue una oración tierna y conmovedora, llena de aflicción y, a pesar de ello, tan imbuida de esperanzas divinas que parecía oírse tenuemente, entre los más tristes acentos del ministro, la música de un arpa celestial tocada por los dedos de la muerta. La gente temblaba, aunque si apenas podía entenderle cuando, en su oración, decía que ellos, y él mismo, y todos los seres de raza mortal, debían estar preparados, como él confiaba que esta joven doncella lo había estado, para la hora terrible que arrebataría el velo de sus caras. Los portadores del féretro avanzaron lentamente, seguidos del cortejo fúnebre, llenando de tristeza toda la calle, con la difunta delante de ellos y el Sr. Hooper, con su velo negro, detrás.

—¿Por qué miras hacia atrás? —dijo una en la procesión a su compañera.

—He tenido la impresión de que el ministro y el espíritu de la doncella iban caminando de la mano.

—Y a mí me ha parecido lo mismo y en el mismo momento —dijo la otra.

Esa noche, la pareja más hermosa del pueblo de Milford iba a ser unida en matrimonio. Aunque se le consideraba como hombre melancólico, el Sr. Hooper solía mostrar una plácida jovialidad en tales ocasiones que, con frecuencia, provocaba una sonrisa de simpatía donde un alborozo más bullicioso hubiera sido desechado. De entre las cualidades de su talante no había ninguna otra que le hiciera más querido que ésta. Los acompañantes de la boda esperaban su llegada con impaciencia, confiando en que el extraño temor que se había ido congregando alrededor de su persona durante todo el día se hubiera va disipado. Pero ése no fue el resultado. Cuando el Sr. Hooper llegó, el primer objeto sobre el que las miradas de todos coincidieron fue aquel velo horrible que había añadido una tristeza más profunda al funeral y que no podía presagiar más que desgracias para la boda. El

efecto inmediato sobre los invitados era tal que parecía que una nube había partido tenebrosamente desde debajo del negro crespón, enturbiando la luz de las velas. La pareja nupcial se hallaba en pie, delante del ministro. Pero los fríos dedos de la novia temblaban estremecidos en la trémula mano del novio, y la palidez mortal de la joven produjo un murmullo: que la doncella que había sido enterrada pocas horas antes había vuelto de su tumba para casarse. Si alguna vez hubo una boda tan lúgubre, fue esta famosa boda en la que las campanas doblaron en un fúnebre toque epitalámico^[14]. Tras celebrar la ceremonia, el Sr. Hooper elevó una copa de vino hasta sus labios, deseando felicidad a la pareja de recién casados, en un tono de suave broma que debería haber iluminado los rostros de los invitados como un alegre destello del fuego del hogar. En ese instante, entreviendo por un momento su figura en el espejo, el negro velo envolvió a su propio espíritu en el horror con que anonadó a todos los demás. Su figura se estremeció, sus labios se pusieron blancos, derramó el vino, aún sin probar, sobre la alfombra y salió apresuradamente, perdiéndose en la oscuridad. Pues la tierra también se había cubierto con su velo negro.

Al día siguiente, toda la aldea de Milford casi no habló de otra cosa que del velo negro del párroco Hooper. Eso, y el misterio que ocultaba, proporcionó tema de discusión entre los conocidos que se encontraban en la calle y entre las buenas mujeres que cotilleaban de ventana a ventana. Fue la primera noticia que el tabernero dio a sus parroquianos. Los niños parloteaban sobre ello camino de la escuela. Un pequeño diablillo, para imitar al párroco, se cubrió la cara con un viejo pañuelo negro, dando un susto tal a sus compañeros de juegos que el pánico se apoderó de él mismo y faltó poco para que su propia broma le hiciera perder sus facultades mentales.

Digno de atención era el hecho de que, de todas las personas entrometidas y gente impertinente de la parroquia, ni una sola se aventurase a plantear llanamente al señor Hooper la cuestión de por qué hacía semejante cosa. Hasta entonces, siempre que había aparecido el más ligero anuncio de tal intromisión, nunca le habían faltado consejeros ni se había nunca opuesto a dejarse guiar por su juicio. Si cometía cualquier error era por un grado de desconfianza en sí mismo tan penoso que incluso la más suave de las censuras podía llevarle a considerar como un crimen una acción indiferente. A pesar de todo, y aunque de sobra conocedores de esta amable debilidad, ninguno de entre sus feligreses optó por hacer del velo negro un tema de reconvención cordial. Había un sentimiento de temor, ni claramente confesado ni escondido con cuidado, que hacía que cada uno transfiriese la responsabilidad a los

demás, hasta que por fin se halló conveniente enviar una delegación a la iglesia para tratar del misterio con el Sr. Hooper, antes de que se convirtiera en un escándalo. Nunca una embajada desempeñó tan mal su tarea. El ministro les recibió con amistosa cortesía, pero permaneció en silencio después de que ellos se hubieron sentado, dejando a sus visitantes todo el peso de presentar su importante asunto. El tema, podía suponerse, era suficientemente obvio. Allí estaba el velo negro, circundando la frente del Sr. Hooper y escondiendo todos los rasgos por encima de su plácida boca en la cual, a veces, podían ellos percibir el brillo trémulo de una melancólica sonrisa. Pero aquel trozo de crespón, en su imaginación, parecía que colgaba delante de su corazón, símbolo de un terrible secreto entre él y ellos. Si al menos el velo fuera apartado a un lado, podrían ellos hablar de él con libertad pero no hasta entonces. Así estuvieron sentados un tiempo considerable, callados, confusos, retrayéndose inquietos a los ojos del Sr. Hooper, que ellos sentían fijos sobre sí en una mirada invisible. Finalmente, los delegados regresaron avergonzados ante los que les habían comisionado, declarando el asunto demasiado importante de tratar, a no ser que lo fuera por un consejo de iglesias, si no requería, verdaderamente, un sínodo general.

Pero había una persona en el pueblo a la que no le había afectado el miedo con el que el velo negro había impresionado a todos los demás. Cuando los comisionados regresaron sin ninguna explicación, o incluso aventurándose a pedir una, ella, con la plácida energía de su carácter, determinó ahuyentar la extraña nube que parecía asentarse alrededor del Sr. Hooper, a cada momento más tenebrosamente que antes. Como prometida suya, debía ser su privilegio saber lo que el negro velo escondía. En la primera visita del ministro, ella inició el tema con una sencillez directa que hizo que la tarea resultara más fácil tanto para él como para ella. Después de que él se hubo sentado, ella fijó su mirada resueltamente sobre el velo, pero no pudo percibir nada de la terrible tenebrosidad que tanto había aterrorizado a la multitud: no era más que un doble pliegue de crespón que le colgaba desde la frente hasta la boca y que agitaba levemente con su aliento.

—No —dijo ella en voz alta y sonriendo—, no hay nada terrible en este trozo de crespón, a no ser que esconde una cara que yo siempre me alegro de mirar. Vamos, buen señor, deja que el sol brille desde detrás de la nube. Primero, aparta a un lado tu velo negro; luego, dime por qué te lo pusiste.

La sonrisa del Sr. Hooper asomó débilmente.

—Una hora ha de venir —dijo él— en la que todos nosotros nos quitaremos el velo. No pienses que está fuera de lugar, mi querida amiga, el que yo lleve este trozo de

crepón hasta entonces.

—Tus palabras son también un misterio —contestó la joven—. Aparta de ellas el velo, por lo menos.

—Lo haré, Elizabeth —dijo él—. Hasta donde mi voto me lo consienta. Debes saber, pues, que este velo es un signo y un símbolo, y estoy obligado a llevarlo siempre, en la luz y en la oscuridad, en la soledad y ante la mirada de las multitudes, y tanto en compañía de extraños como con mis amigos de confianza. Ningún ojo humano me verá sin él. Esta lúgubre sombra debe separarme del mundo. Incluso tú, Elizabeth, nunca podrás pasar al otro lado.

—¿Qué penosa aflicción te ha acontecido —preguntó ella vehementemente—, para que de esa forma debas oscurecer tus ojos para siempre?

—Si es una señal de duelo —replicó el señor Hooper—. Yo, quizá, como la mayoría de los demás mortales, tenga pesadumbres lo suficientemente tenebrosas como para simbolizarlas con un velo negro.

—¿Pero qué pasará si el mundo no cree que eso es el símbolo de una inocente pesadumbre? —le instó Elizabeth—. Querido y respetado como eres, puede haber murmuraciones de que escondes el rostro bajo la conciencia del pecado secreto. En nombre de tu sagrado ministerio, ¡acaba con este escándalo!

El color encendió las mejillas de la joven al ir relatándole la naturaleza de los rumores que se habían ya extendido por todo el pueblo. Pero la apacibilidad del Sr. Hooper no abandonó a éste. Incluso sonrió de nuevo, con la misma sonrisa triste que siempre aparecía como un débil parpadeo de luz procedente de la oscuridad de detrás de su velo.

—Si escondo mi cara por pesadumbre, hay causa suficiente —se limitó él a replicar—; y si la oculto por un pecado secreto, ¿qué mortal no podría hacer lo mismo?

Y con esta suave pero invencible obstinación resistió él todas sus súplicas. Por fin Elizabeth se sentó en silencio. Durante unos instantes pareció perdida en la profundidad de sus pensamientos, considerando probablemente que nuevos métodos podían intentarse para arrancar a su amado de tan negra fantasía que, si no tenía otro significado, era, quizá, un síntoma de enfermedad mental. Y aunque ella era de un carácter más firme que él, sin embargo las lágrimas rodaron por sus mejillas. Pero, en un instante, por decirlo así, un nuevo sentimiento ocupó el lugar de la pena: los ojos de Elizabeth se hallaban sin darse cuenta fijos en el velo negro cuando, como un repentino crepúsculo en el aire, la envolvieron los terrores del velo.

—¿Y tú también lo sientes ya, por fin? —dijo él tristemente.

Ella no contestó pero se cubrió los ojos con la mano y se volvió para salir de la

habitación. Él salió de forma impetuosa tras ella y la cogió por el brazo.

—Ten paciencia conmigo, Elizabeth —gritó apasionadamente—. No me abandones aunque este velo deba interponerse entre nosotros aquí en la tierra. ¡Sé mía, y después no habrá ningún velo sobre mi rostro, ninguna oscuridad entre nuestras almas! No es más que un velo mortal: ¡No es para toda la eternidad! Oh, no sabes bien lo solo que estoy y lo aterrorizado que me encuentro de estar solo detrás de mi velo negro. ¡No me dejes en esta oscuridad para siempre!

—¡Levanta el velo una sola vez y mírame a la cara! —dijo ella.

—¡Nunca! ¡No puede ser! —replicó el señor Hooper.

—¡Entonces, adiós! —dijo Elizabeth.

Ella retiró el brazo de la presión de su mano y salió lentamente, deteniéndose en la puerta para lanzar una larga y estremecedora mirada que parecía casi penetrar en el misterio del velo negro. Pero, incluso sumido en su dolor, el Sr. Hooper sonrió al pensar que sólo un símbolo material le había separado de la felicidad, aunque los horrores que aquél presagiaba debían interponerse como la oscuridad entre los más tiernos amantes.

A partir de entonces no se llevó a cabo ningún otro intento de acabar con el velo negro del Sr. Hooper, o bien, pidiéndoselo directamente, de descubrir el secreto que se suponía escondía. Las personas que pretendían poseer una cierta superioridad sobre los prejuicios populares estimaban que todo eso no era más que un excéntrico capricho como los que a menudo se presentan entre las acciones cotidianas de muchos hombres, por lo demás normales, y que les da a todas ellas, por extensión, el tinte de su propia apariencia de locura. Pero para la mayoría de la gente el bueno del Sr. Hooper era inevitablemente una pesadilla. No podía él ir por la calle llevando consigo ninguna paz espiritual, consciente como era de que los apacibles y tímidos se apartarían del camino para evitarle, y los otros harían una cuestión de valor el tropezarse con él. La impertinencia de estos últimos le obligó a suprimir su paseo de costumbre, al atardecer, hasta el cementerio; porque, cuando él se apoyaba pensativamente sobre la verja de entrada, siempre había caras detrás de las tumbas espiando su velo negro. Una fábula recorrió el pueblo: que la fija mirada de los muertos le atraía a este lugar. Y le apenaba hasta lo más profundo de su bondadoso corazón observar cómo los niños huían de su presencia, interrumpiendo de súbito sus juegos más alegres, hasta que su melancólica figura se había alejado ya lo suficiente. El instintivo terror de los niños le hacía sentir, con una fuerza superior a las demás, que un horror preternatural se encontraba entretejido en las hebras del crespón negro. En verdad, su propia antipatía hacia el velo se decía que era tan grande que

nunca pasaba él por delante de un espejo ni se inclinaba a beber en una plácida fuente, por miedo a que, en su fondo sosegado, quedara aterrorizado por su figura. Esto era lo que daba credibilidad a las murmuraciones de que la conciencia del señor Hooper le torturaba por algún gran crimen, demasiado horrible para poder esconderlo del todo o revelarlo de cualquier otra forma que no fuera de esa manera tan confusa. Y así, desde detrás del velo negro surgía una nube hacia la luz del sol, una ambigüedad de pecado o de pesadumbre que envolvía al pobre ministro de tal forma que el amor o la simpatía nunca podían llegar a él. Se decía que espíritu y diablo estaban con él asociados allí. Con estremecimientos íntimos y terrores externos caminaba de continuo en su sombra, buscando a tientas dentro de su propia alma o mirando fijamente a través de un medio que entristecía el mundo entero. Incluso el anárquico viento, se creía, respetaba su terrible secreto y nunca llegó a apartar el velo de su cara. Pero todavía el bueno del Sr. Hooper sonreía tristemente al pasar ante los pálidos semblantes del mundanal gentío.

De entre todos sus malos influjos, el velo negro tenía un único efecto deseable: hacer de su portador un eficientísimo clérigo. Con la ayuda de su misterioso emblema — ya que no había otra causa aparente— se convirtió en un hombre de un poder terrible sobre las almas que se hallaban en la agonía del pecado. Sus conversos siempre le miraban con un peculiar espanto, afirmando, aunque sólo en sentido figurado, que, antes de que él les condujera a la luz celestial, habían estado con él detrás del negro velo. La lobreguez de éste en verdad le había capacitado para simpatizar con todo tipo de tristes afectos. Los pecadores moribundos pedían a gritos la presencia del señor Hooper y se negaban a exhalar su último suspiro hasta que él aparecía; si bien siempre, en cuanto se inclinaba para susurrarles palabras de consuelo, se estremecían ante aquel rostro velado tan próximo al suyo. ¡Tales eran los terrores del velo negro, incluso cuando la muerte había ya desnudado su rostro! Los forasteros venían de distantes lugares para asistir a los servicios de su iglesia, con el mero propósito ocioso de observar su figura, puesto que les estaba vedado contemplar su rostro. ¡Pero muchos tuvieron que echarse a temblar antes de partir! En cierta ocasión, durante el mandato del gobernador Belcher^[15] el Sr. Hooper fue designado para predicar el sermón de toma de posesión. Cubierto con su velo negro se situó de pie delante del magistrado jefe, del consejo y de los representantes y causó una impresión tan profunda que las medidas legislativas de ese año se caracterizaron por toda la melancolía y la piedad de nuestro más antiguo y ancestral gobierno^[16].

De esta forma el Sr. Hooper vivió una larga vida, irreprochable en cuanto a actos

externos, pero envuelta en el sudario de tenebrosas sospechas; amable y amoroso, aunque no amado y sí vagamente temido. Un hombre apartado de los hombres, al que éstos rehuían cuando tenían salud y alegría, pero al que siempre llamaban en su ayuda a la hora de la angustia mortal. A medida que los años fueron pasando, sembrando sus nieves por encima del luctuoso velo, había adquirido él ya amplia nombradía a lo largo y ancho de todas las parroquias de Nueva Inglaterra y todos le llamaban Padre Hooper. Casi todos los feligreses suyos, que cuando él llegó al pueblo eran ya de edad madura, habían pasado a mejor vida a través de muchos funerales. Tenía él una congregación en la iglesia y otra más numerosa en el cementerio parroquial. Y habiendo trabajado hasta bien entrada la noche, y hecho su trabajo tan bien, le había llegado la hora al bueno del Sr. Hooper de irse a descansar. Varias personas se podían ver a la indefinida luz de las velas en la cámara mortuoria del anciano clérigo. Parientes naturales no tenía ninguno. Pero allí estaba el médico, decorosamente grave, aunque impasible, buscando sólo mitigar los últimos dolores del paciente al que no podía salvar. Allí estaban los diáconos y otros miembros eminentemente piadosos de su iglesia. También estaba allí el reverendo Sr. Clark, de Westbury, joven y celoso religioso, que había venido a uña de caballo para orar junto al lecho del ministro moribundo. Y allí, como enfermera, estaba, no una doncella asalariada para la muerte, sino aquella cuyo sosegado afecto había perdurado hasta aquel momento, en secreto, en soledad, en medio de los desalientos de la edad, sin marchitarse, ni siquiera a la hora de la muerte. ¡Quién, sino Elizabeth! Y ahí reposaba la venerable cabeza del bueno del Padre Hooper sobre la almohada de la muerte, con su velo negro aún ceñido alrededor de la frente y desplegado sobre el rostro, de manera que cada jadeo, cada vez más difícil, de su débil aliento le hacía moverse. Aquel trozo de crespón había colgado toda su vida entre él y el mundo: le había separado de la alegre fraternidad y del amor de la mujer; y le había confinado en la más triste de las prisiones: su propio corazón. Y todavía se extendía sobre su rostro como para hacer aún más intensa la lobreguez de la oscura cámara y ensombrecerle el sol de la eternidad.

Poco tiempo antes su mente había estado confusa, oscilando inciertamente entre el pasado y el presente, aleteando, por así decirlo, a intervalos, hacia la incertidumbre del mundo venidero. Había tenido accesos febriles que le sacudían de parte a parte y se llevaban las pocas fuerzas que le quedaban. Pero en sus combates más convulsivos y en las más desenfundadas fantasías de su intelecto, cuando ningún otro pensamiento conservaba su sensato influjo, todavía mostraba él una horrible solicitud en que el velo negro no se deslizara a un lado de su rostro. Y aunque su

alma aturdida pudiera haberlo olvidado, allí, junto a su almohada, se encontraba una fiel mujer que, con sus ojos mirando hacia otro lado, habría cubierto aquel rostro envejecido que ella había visto por última vez con el donaire de la virilidad. Por fin, el anciano moribundo reposó tranquilamente en el letargo de la postración mental y corporal con un pulso imperceptible y un aliento que se debilitaba por momentos, excepto cuando una larga, profunda e irregular inspiración parecía el prelude del vuelo de su espíritu.

El ministro de Westbury se acercó a la cama.

—Venerable Padre Hooper —dijo—: el momento de su liberación está cerca. ¿Se encuentra usted preparado para alzar el velo que aparta de la eternidad el tiempo? El Padre Hooper al principio replicó simplemente con un débil movimiento de cabeza. Luego, receloso quizá de que su intención suscitara dudas, hizo un esfuerzo por hablar.

—Sí —dijo con apagado acento—. Mi alma sufre una paciente fatiga hasta que el velo sea levantado.

—Y ¿cree usted que está bien —continuó el reverendo Sr. Clark— que un hombre tan entregado a la oración, un hombre de un ejemplo tan intachable, santo en pensamiento y obra, pueda pronunciar un juicio que dure hasta la muerte? ¿Es adecuado que un padre de la iglesia deje tal sombra sobre su memoria que pueda parecer que denigra una vida tan pura? ¡Yo le ruego, venerable hermano mío, que no consienta que tal cosa suceda! Permítanos que nos alegremos con su aspecto triunfal mientras se encamina usted hacia su recompensa. Antes de que el velo de la eternidad se alce, ¡déjeme apartar ese negro velo de su rostro! Y hablando de esta forma, el reverendo señor Clark se inclinó hacia delante para descubrir el misterio de tantos años. Pero, haciendo gala de la súbita energía que hizo que todos los presentes quedaran estupefactos, el Padre Hooper sacó violentamente ambas manos de debajo del embozo y las apretó con fuerza contra el velo negro, resuelto a ofrecer resistencia si el ministro de Westbury estaba dispuesto a contender con un moribundo.

—¡Nunca! —gritó el velado clérigo—. ¡Nunca jamás!

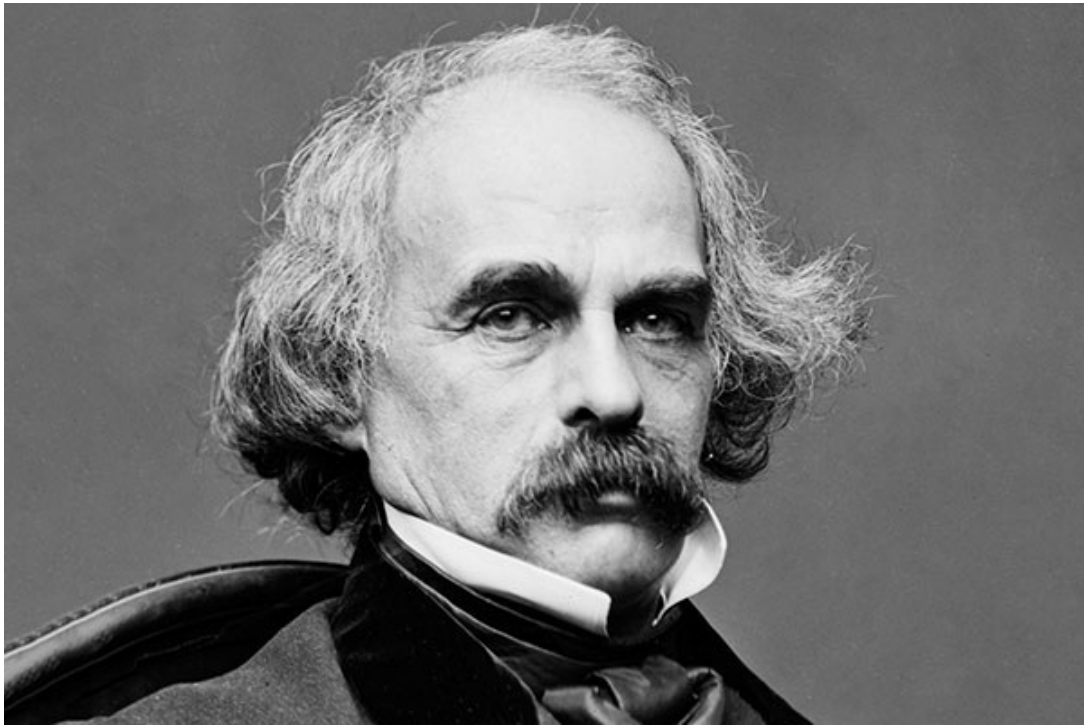
—¡Pobre viejo! —exclamó el amedrentado vicario—. ¿Con qué horrible crimen sobre tu alma te vas a presentar ahora ante el juicio?

La respiración del Padre Hooper era va un jadeo de estertor en su garganta. Pero, en un enorme esfuerzo, con las manos extendidas hacia delante en ademán de asir algo, retuvo la vida, aguantando hasta poder hablar. Incluso se incorporó en la cama y se sentó, temblando, con los brazos de la muerte a su alrededor, mientras el velo negro

pendía, horrible, en ese último momento con los acumulados terrores de toda una vida. Y, sin embargo, la lánguida y triste sonrisa, tan frecuente, parecía ahora titilar desde su oscuridad y demorarse en los labios del Padre Hooper.

—¿Por qué tembláis ante mí sólo? —gritó moviendo su velado rostro alrededor del círculo de pálidos espectadores—. ¡Temblad cada uno también por los demás! ¿No es cierto que los hombres me han evitado y las mujeres han dejado de mostrar su piedad y los niños han gritado y huido, sólo por mi velo negro? ¿Qué otra cosa, sino el misterio que enigmáticamente representa, ha hecho que este trozo de crespón sea tan horrible? Cuando el amigo descubra lo más profundo de su corazón al amigo, cuando el hombre no se esconda vanamente del ojo de su Creador, guardando repugnantemente el secreto de su pecado, entonces consideradme un monstruo por el símbolo tras el que he vivido... ¡y muerto! Miro a mi alrededor y ¡hete aquí!: ¡en cada rostro, un velo negro!

Mientras sus oyentes se evitaban unos a otros en mutuo temor, el Padre Hooper cayó hacia atrás sobre la almohada, convertido ya en un cadáver con velo y con una tenue sonrisa fija en sus labios. Todavía con el velo puesto, lo metieron en el ataúd y, aún con el velo, llevaron su cadáver al sepulcro. La hierba de muchos años ha brotado y se ha marchitado sobre la tumba, la lápida se ha cubierto de musgo y el rostro del bueno del Sr. Hooper es polvo. Pero terrible es aún el pensamiento del que se convirtió en polvo debajo del velo negro.



NATHANIEL HAWTHORNE, (Salem, EE. UU, 1804-Plymouth, id., 1864). Nacido en el seno de una familia de vieja estirpe puritana, tanto su vida como su obra se vieron marcadas por la tradición calvinista. Su temprana vocación literaria lo obligó a afrontar numerosos problemas económicos, ya que sus obras no le daban lo suficiente para vivir.

Su primera novela, *Fanshawe* (1928), protagonizada por un héroe de corte byroniano que posee rasgos biográficos del propio Hawthorne, evidencia las influencias del Romanticismo europeo; entre 1837 y 1842 publicó con regularidad los *Cuentos narrados dos veces*, en que aborda con detenimiento los que serían algunos de sus temas recurrentes, como la idea del pecado y el problema del mal.

Durante este período trabajó en la Aduana de Boston, en una granja comunal cercana a la misma ciudad, y en 1843 se estableció en Concord, tras contraer matrimonio (1842); allí escribió la colección de cuentos *Musgos de una vieja granja* (1846), que incluye el célebre relato *La hija de Rapaccini*. En 1846 volvió a trabajar en aduanas, pero al poco optó por aislarse de nuevo en una humilde casa de Massachusetts, donde compuso su obra más célebre, *La letra escarlata* (1850) y, un año después, *La casa de las siete torres*.

En 1853 describió su experiencia durante su visita a una colonia de filántropos

inspirados por el socialismo utópico en *La granja de Blithedale*, y ese año fue nombrado cónsul en Liverpool por su amigo Pierce, entonces presidente de Estados Unidos, lo que le permitió viajar por Europa. Durante un viaje a Italia empezó *El fauno de mármol* (1860), última novela que, además de sus preocupaciones morales, revela una creciente dedicación al estilo narrativo y un acercamiento a la poesía.

Notas

[1] «Gathergold» sugiere una persona que amontona o acumula oro o riquezas. <<

[2] «Scattercopper»: esta palabra la contrapone el autor a «Gathergold» con el significado de la persona que dispersa o reparte cobre o calderilla. <<

[3] «Old Blood-and-Thunder», que también se ha respetado sin traducir, tiene un significado similar a «El viejo/ tío Sangre-y-Trueno». <<

[4] «Battleblast» era otra palabra compuesta: «battle» tiene el significado de «batalla» y «blast» indica «golpe de viento, trompetazo, sacudida...» <<

[5] «Old Stony Phiz» significa literalmente «Vieja Fisonomía Pétreo» después de desarrollar la abreviatura «Phiz». Es de observar la intencionalidad fonético-semántica del autor al contraponer la expresión *Great Stone Face* (el Cran Rostro de Piedra) a *Old Stony Phiz*. <<

[6] El teatro Drury Lane de Londres es el teatro más antiguo de los existentes hoy en Inglaterra. Se inauguró como teatro real en 1663, bajo Carlos II. Se quemó varias veces y otras tantas fue reconstruido por eminentes arquitectos como Christopher Wren o Benjamin Wyatt. El actor al que se refiere Hawthorne es, probablemente, Edmund Kean, famoso por sus magistrales interpretaciones shakespearianas. <<

[7] Theobald Mathew (1780-1856) fue un misionero de la templanza, nacido en Irlanda, que ingresó en la orden capuchina y organizó en Cork la mayor campaña antialcohólica de su tiempo. En 1849 viajó a los Estados Unidos, donde predicó su cruzada en veinticinco estados, consiguiendo éxitos asombrosos. <<

[8] Rico y dulce vino húngaro producido en los alrededores de la ciudad del mismo nombre, al NE del país. <<

[9] Sidney Smith (1771-1845) fue canónigo de San Pablo, en Londres, cofundador de la revista literaria *Edinburgh Review* y gran conocedor de las finanzas eclesiásticas. Se hizo famoso en los Estados Unidos por una carta que escribió al Congreso en 1843 quejándose de que el estado de Pennsylvania hubiera suspendido el pago de los intereses de sus bonos. La carta fue publicada en el *Morning Chronicle*, lo que le dio amplia difusión. <<

[10] En la mitología griega, hijo de Phoenix o Agenor (rey de Fenicia) y hermano de Europa. Se dice que fue quien trajo el alfabeto a Grecia. <<

[11] Los shákeros formaron una secta, derivada de los cuáqueros ingleses, que fue fundada por Am Lee en 1758. La Madre Ann, como fue llamada, llegó a los EE. UU. en 1774, trayendo consigo a ocho discípulos. Para 1826 ya existían dieciocho aldeas shákeras, distribuidas en ocho estados, caracterizadas por sus granjas modelo y prósperas comunidades. Actualmente apenas quedan en la secta algunos miembros aislados, todos ellos de edad avanzada. <<

[12] Daniel Webster (1782-1852) fue un político y abogado norteamericano cuya fama de gran orador le llevó a ejercer ante la Corte Suprema de los EE. UU. Llegó a ser congresista, senador y secretario de Estado, cargo este último que ostentó con los presidentes Harrison, Tyler y Fillmore. Aunque lo intentó en tres ocasiones, no logró alcanzar la presidencia. <<

[13] Otro clérigo de Nueva Inglaterra, el Sr. Joseph Moody. de York (Maine), que murió hará unos ochenta años, se hizo famoso por la misma excentricidad que aquí se relata del reverendo Sr. Hooper. En este caso, sin embargo, el símbolo tenía un sentido diferente. En sus años mozos había matado, por accidente a un amigo muy querido y desde ese día, hasta la hora de su propia muerte, escondió su cara de la mirada de los hombres. (Nota del autor.) El texto utilizado para la traducción es el de la primera edición en *The Token*, 1836. <<

[14] Es una referencia a la narración del propio Hawthorne, «The Wedding Knell», que apareció también en *The Token* de 1836 junto con esta historia. <<

[15] Jonathan Belcher (1682-1757) fue gobernador de Massachusetts y New Hampshire (1730-1741). En sus tiempos se solía predicar un sermón inaugural, el «Election Sermon», en la toma de posesión de cada nuevo gobernador. El que aquí se cita corresponde a una de las tomas de posesión de Belcher para un nuevo mandato.

<<

[16] Obvia referencia a los gobiernos puritanos de las primitivas colonias inglesas de Nueva Inglaterra. <<